

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVIII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 981.

Administración general y Redacción: Passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

Casimiro Perier, ministro del Interior; grabado. — Ciencias y letras. — Poesía: El mar y la bruma. — Una visita nocturna. — Moisés Millaud; grabado. — Las carreras de Long-champs en 1871; grabado. — Monumento conmemorativo de los combates de Orleans; grabado. — Revista de París. — Viajes: El desierto de Libia. — Lecciones, consejos y reflexiones sobre la mejora de la raza humana y caballar, á propósito de las carreras en 1871, por Cham; grabados. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — El país del petróleo; grabados. — ¿Qué hará de ello? — Problemas de ajedrez; grabado.

estudios, observando los hombres y las cosas, completó la educación indispensable á todo el que se dedica á los negocios públicos. El joven Casimiro Perier adquirió una grande flexibilidad intelectual, y al mismo tiempo ganó mucho también su carácter. Secretario de legación en Londres, en Bruselas y en La Haya, encargado de negocios en Nápoles y en San Petersburgo, ministro plenipotenciario en Hanover, M. Casimiro Perier, tenía delante de sí las mas bellas perspectivas de la diplomacia. Pero no era este el objeto de sus aspiraciones.

En 1846, los electores del primer distrito de París, eligieron diputado á M. Casimiro Perier. Era un hombre, un atleta admirablemente preparado para entrar en

la arena. Desde entonces no pudo ya dudarse que estaba llamado á representar un gran papel, si los sucesos no hubiesen tenido la marcha rápida que hacia inevitable la política corruptora de M. Guizot. Cuando se dice que en 1848 sorprendió á todo el mundo, no se está en la verdad. La verdad es que todos se hallaban desprevenidos; pero bien claro se veía que la Francia marchaba á una revolución con un poder senil que negaba al país las reformas constitucionales mas legítimas. M. Casimiro Perier se expresó con entera franqueza sobre este punto.

Así fué que en 1849, apareció de nuevo en la Asamblea legislativa, nombrado por el departamento del Aube.

Fiel á los principios que formaban la base de su política tradicional, sostuvo y defendió al poder ejecutivo, en tanto que le creyó decidido á marchar regularmente en una via liberal, sin intenciones sospechosas; pero se apartó de él, así que se manifestaron los síntomas de una ambición que no podia quedar satisfecha sino con el mas inmoral de los golpes de Estado. En diciembre de 1851, Monsieur Casimiro Perier pertenecía á la oposicion legislativa. Cuando se violó la ley, cuando se apoderó de todo el país la fuerza bruta, hizo vanos esfuerzos para oponerse, lo cual le valió ser encerrado en el Monte Valeriano, con algunos otros representantes populares.

Su encierro no fué largo; pero el ultraje habia sido tal, que no podia olvidarse. Puede decirse que M. Casimiro Perier salió de las casamatas siendo enemigo personal del bonapartismo y sobre todo del régimen imperial. Hasta el ultimo dia no ha cesado de usar todas las armas legales para combatir al funesto poder que ha llevado al abismo á la Francia.

Bajo este concepto, presentó su candidatura para los Consejos departamentales y para el Cuerpo legislativo. El imperio no ignoraba el valor de su adversario, y se opuso con todas sus fuerzas á su eleccion; entonces se vió lo afrentoso que era para el país aquel sistema de las candidaturas oficiales.

En 1871, se han desquitado los electores nombrando diputado por tres departamentos á M. Casimiro Perier.

En cuanto comenzaron las sesiones de la Asamblea, M. Casimiro Perier se hizo un puesto considerable en la estimacion de sus colegas. Su alta competencia en materias rentísticas, le llevó en derecho á la comision de presupuestos, habiéndose mostrado como en todas partes, en la vida privada, en la industria y en

Casimiro Perier,

MINISTRO DEL INTERIOR.

De todas las herencias no suele haber una mas difícil de recoger y conservar honorablemente que la de un nombre ilustre. En cuanto se pronuncia el nombre de Casimiro Perier, se piensa naturalmente en el hombre enérgico é inteligente que despues de haber tomado una parte activa en la revolucion de 1830, dió siendo ministro del nuevo rey, su verdadero carácter gubernamental á la monarquía constitucional de julio.

El nuevo ministro del Interior no es un hijo degenerado. Como su padre, representa á esa grande bourgeoisie francesa que desde hace siglos, y sobre todo desde 1789, tanto por su firmeza como por su actividad industrial é intelectual, por su amor al órden y al trabajo, es la fuerza viva, la fuerza de resistencia de la nacion.

Nacido en 1814, M. Casimiro Perier entraba en la edad viril cuando estalló la revolucion de julio. Aquel trastorno político abrió al joven las puertas de la carrera diplomática. Dícese que al padre le agradaba alejar al hijo, porque no queria que presenciara las luchas de la tribuna, las intrigas ministeriales y las emociones de la calle. Sean cuales fueren los motivos, lo cierto es que el joven pasó en las córtes extranjeras los primeros años tan llenos de disturbios que siguieron á la revolucion de 1830. Ni aun despues de la muerte de su padre, que fué un luto público, abandonó la carrera diplomática, y durante diez años, con sus viajes y con sus



CASIMIRO PERIER, ministro del Interior.

la agricultura, inteligente y firme. Es hombre que no retrocede ante las innovaciones cuando reconoce que son oportunas y útiles.

Para los veteranos de la política militante, el nuevo ministro del Interior recuerda mucho á su padre. Desde luego tiene su fisonomía; aunque no aquella rigidez que atemorizaba á Luis Felipe. Diríase que todas las asperezas de familia han desaparecido. Ningun orgullo, ni de fortuna, ni de superioridad intelectual.

Su primer acto como ministro, es una circular que ha merecido elogios unánimes.

Hé aquí uno de sus principales párrafos :

« La forma actual del gobierno de Francia, exige mas que otra ninguna el respeto de la ley. Cuantos mas derechos gozan los ciudadanos, mas atentos deben estar á sus deberes, pues la libertad no puede asegurarse sino por la sumisión de todos á la ley comun, y en una república la represión severa de todo ataque contra el Estado es tanto mas forzosa, cuanto no se trata de defender intereses de una dinastía, ni personas, ni partidos, sino el bien sagrado de todos, la paz pública y el trabajo. »

No podríamos concluir mejor estos apuntes biográficos, que reproduciendo estas palabras.

G. B.

Ciencias y letras.

CARTA CRÍTICO-BIBLIOGRÁFICA AL HONORABLE DOCTOR

THEBUSSEM.

Como Vd., honorable doctor y estimado amigo, tiene ya tan perfecto conocimiento de las cosas de España, que casi sabe mas de ellas que los mejor interesados entre los nuestros, me atrevo á preguntarle: ¿no es verdad que en la medida de nuestras fuerzas no andamos tan atrasados en movimiento literario como muchos suponen? ¿No es verdad que aquel lugar oscuro que á par de Rusia nos señalaba el autor de un mapa célebre que se publicó no hace mucho tiempo en la vecina y alegre Francia, considerando nula ó casi nula la instruccion pública en España, no nos era merecido? ¿No es verdad también que si estudiamos el asunto prolijamente, acaso pudiéramos reivindicar en este sentido un puesto no muy distante del que ocupa la jovial nacion que así nos trataba? Y por último, ¿no es cierto del mismo modo que nacionales y extranjeros, al hablar de nuestro país, se esfuerzan mas en reproducir apreciaciones antiguas é interesadas, que en desentrañar la cuestion para rectificar las opiniones erróneas? Crea Vd. que desde que vi la carta geográfica á que he hecho referencia, entróme un vivo deseo de saber si éramos merecedores de aquella sangrienta burla, y al examinar nuestras instituciones de instruccion pública he encontrado, como me propongo probar algun dia no muy lejano, que si es verdad que por desgracia no somos el pueblo que lleva la bandera en esta importante materia, tampoco vamos tan rezagados que seamos dignos de olvido y menoscupo.

Uno de los efectos naturales de la cultura que alcanza una nacion, es el número y la entidad de los libros que publica. No sé si por desdicha ó por fortuna, aquí aun el talento verdadero tiene su pudor y su modestia; en lugar de esperar á que se exhiba en España, hay que ir á buscarle en su tonel como á Diógenes, y como frecuentemente lo que se propaga mas es lo que mas se vocea y alborota, pásanos con frecuencia que conocemos al dedillo todas esas publicaciones que se anuncian por gacetillas en los periódicos, y por grandes cartelones en las esquinas, ya se llamen *Siete generaciones de verdugos*, ya *los Curas en camisa*, ó *los Neos en calzoncillos*, é ignoramos que se dan á la estampa obras de gusto selecto, hijas de la meditacion profunda ó de la inspiracion sostenida, de esas que solicitan, no el runrun de las almas vulgares ó de los espectadores mercantiles, sino el aprecio severo de los doctos, y la recomendacion solícita de los sabios.

Y no por esto, caro doctor, me limito á los libros de matemáticas, únicos científicos para la generalidad plebeya; ¿quién duda que pueden serlo hasta los mas puramente de recreo, sin necesidad de imprimirlos adrede este carácter como á las relaciones y romances de Julio Verne? *La novela del Egipto*, de Castro y Serrano, *el Viaje de Ceylan á Damasco*, de Rivadeneira, el libro de *Costas y montañas*, de Escalante (quitémosle el púdico disfraz á Juan García), ¿no son de esas obras que á la vez que recrean instruyen, que se escriben sintiendo y pensando; y que así convidan á meditar al estudioso, como insinúan saber y deleite en el lector frívolo y en el indolente?

Los tres libros que he citado bastan por sí solos para acreditar el vigor en que se encuentra una lengua y una literatura; y, sin embargo, no son los únicos de alto valor literario que han arrojado al público en el presente año las prensas españolas. Recientemente Perez Galdó se ha conquistado una reputacion formal entre

los buenos novelistas con su *Fontana de oro*; la señora Gomez de Avellaneda con la publicacion de sus *Obras literarias* ha refrescado sus antiguos laureles de inspirada poetisa, y con la de las *Obras* de Adolfo G. Becker se despierta y vivifica perennemente para la posteridad un hombre, que si aun es apasionadamente amado por aquellos que al poeta conocimos, no lo será menos por los que en lo futuro se inspiren en los nobles conceptos y en las sentidas expansiones de aquel espíritu tan lacerado por los agravios de la fortuna.

Los estudios clásicos se han enriquecido con dos nuevas traducciones: una de las *Obras de Virgilio* magistralmente vertidas al castellano por don Eugenio de Ochoa; otra de las de *Platon* puestas por vez primera en lengua patria por don Patricio de Azcárate. Si aun nuestras escuelas políticas nos dan por obras de propaganda las que del lado allá del Pirineo se producen por aquellos que se han abrogado la mision de regenerar al mundo por medio de la filosofía y de las ciencias sociales, no nos faltan publicistas propios que intenten seguir sus huellas y aun aventajarles: así Castelar nos ha reunido en tres tomos sus *Discursos parlamentarios* pronunciados en las Cortes constituyentes, en que se encierra el fondo de la doctrina federativa, y don Salustiano Olózaga en otros dos sus *Estudios sobre elocuencia, política, jurisprudencia, historia y moral*. Y aquí se me alcanza hacer la siguiente observacion: ¿por qué á nuestros hombres de Estado, que han intervenido en los sucesos del presente siglo, sucesos tan varios, tan fecundos en todo género de consecuencias, no se les ha ocurrido jamás escribir esas *Memorias*, que á la posteridad dejan grandes facilidades para la historia, como han hecho los hombres de Francia, que en otras cosas les han servido de Modelo? Alcalá Galiano, Pacheco, Pastor Diaz nos legaron sus misceláneas políticas y literarias; Rios Rosas se dispone á publicar también las suyas, como ya hizo Miraflores; pero ninguno esas revelaciones íntimas que pudieran dar mucha luz sobre ciertos hechos oscuros ó desfigurados por las conveniencias del momento ó por la pasion estimulante de los partidos en lucha. Ahora el señor don Ildefonso Bermejo escribe y da al público su *Estafeta de palacio*, historia crítica del último reinado, que en la forma y en el fondo parece continuacion de Mariana resucitado; pero aunque su crítica es sana é imparcial su conciencia, no descubre los misterios que solo conocen los que en ciertos hechos han intervenido, y saben los móviles que han dado lugar á acciones desvirtuadas por intentos torcidos ó condenados por engañadoras apariencias.

No termina con estas el catálogo de las obras científicas: Vd. sabe que con motivo del Congreso internacional histórico que se celebró en Copenhague el año 1869, marcharon á la Península escandinava en representacion de España el docto Vilanova y el diligente Tubino, cuya infatigable actividad basta para desmentir la fama de indolentes que tenemos los que hemos nacido bajo el hermoso sol de Andalucía. Esta expedicion ha dado origen á un libro interesantísimo titulado *Viaje científico á Dinamarca y Suecia*, en el cual se dan curiosísimas noticias de los países hiperbóreos, casi tan desconocidos en España, hasta para los que tienen títulos universitarios en dorados marcos, como las regiones centrales de Africa. El libro, que ya está encuadernado, aunque no todavía á la venta, lleva varias láminas intercaladas en el texto y nueve aparte, siendo una de estas el retrato del sabio Worsø, que fué presidente de aquella científica Asamblea. En la introduccion se inserta un brillante informe del presidente de la Academia Española de la historia, señor don Antonio Benavides, que por sí solo vale tanto como un buen libro. ¿Será tan fecunda como esta la comision que á bordo de la *Arapiles* recorre en Oriente por encargo del gobierno los puntos clásicos de la historia? Fórmanla Rada y Delgado, literato y anticuario, Velazquez, artista, y un agente diplomático por el ministerio de Estado, y segun las últimas noticias, hacian rumbo hácia Mitilene, zarpando de las aguas de Smirna. Pero ¿cosa admirable, como cuanto procede de nuestros apáticos gobiernos! ¿Quiere usted creer, querido doctor, que no llevan un cuarto, y que desde que salieron de Constantinopla van sujetos á la mesa y sosten del capitán que dirige el buque que los conduce? Han reclamado al gobierno pidiéndole medios; pero este no se los envía, porque no tiene un capítulo en el presupuesto á que aplicar el coste de la expedicion que ha autorizado.

He visto á Tubino corregir las pruebas del octavo cuaderno de una obra que ha de gustar á Vd. mucho: son unos *Estudios cervánticos*, algunos de los cuales ha dado á conocer en la *Ilustracion de Madrid* y en las columnas de la *Andalucía*. En algunos de ellos contradice muchas opiniones de Hartzembusch, Fernandez Guerra y Rosell, con copia de razones y documentos. No por eso creo yo que en algunas de las materias de que trata deje dicha la última palabra, de modo que no haya mañana otro mas pintado que á su vez le impugne con nuevos datos y argumentos; pero entre tanto es digna de alabanza la solícitud que ha manifestado en desentrañar varias cuestiones críticas sobre el falso *Quijote* y su autor Aliaga, que, despues de todo, realza los trabajos anteriores hechos sobre la materia por el sabio don Aureliano. También, durante la ausencia de Rada, se ha encargado Tubino de la direccion del *Museo español de antigüedades*, obra monumental que edita Dorregaray con la colaboracion de todo lo mas selecto que tenemos en letras y artes nacionales.

Bien sabe Vd. que don Aureliano es incansable en el trabajo y en el estudio. Nuestras funestas divisiones políticas hacen que se tenga en olvido á uno de los sabios

que mas honra dan á nuestra patria. No en la ligera Francia, en la sesuda Alemania goza mas aura que entre nosotros, y el Instituto científico de Berlin premia sus talentos que en España no se avaloran, confiándole trabajos que aumentan su gloria. He oido asegurar que en el Escorial, donde pasa la estacion de los fuertes calores, prosigue una obra en latin sobre las *Antigüedades de Granada* con destino y por encargo de la primer Academia científica de Prusia. No queriendo privar á su patria de este trabajo, también las escribe en castellano para darnos aquí otra edicion. Como la familia que lleva su apellido toda es gente aprovechada, su hermano don Luis, todavía, mientras corrige las pruebas de la imprenta, con escrupulosa conciencia, rectifica, anota, tacha, atilda y perfecciona sus laureados y eruditos estudios biográficos, bibliográficos y críticos sobre el gran dramático Alarcon.

Otro de nuestros infatigables escritores es el señor don Antonio Benavides, de quien ya hice mencion. Preparadas tiene para las cajas las cuartillas de sus últimas lecciones leídas en el Ateneo, y como si esto no fuera bastante para acreditar su laboriosidad, su saber profundo y su sana critica, también tiene dispuestas las de una *Historia de las regencias españolas durante el presente siglo*, de la cual he oido hacer á gentes doctas merecidos elogios. En asuntos de historia no queda atrás don Antonio Ferrer del Rio, el cual lleva escritas mas de ochenta biografías de las que han de formar su *Procesion histórica de españoles célebres de la edad moderna*. Raro es el estudio biográfico de estos que no tiene algun dato desconocido; algunos son completamente nuevos, y en todos se rectifican muchas noticias aventuradas y ciertos juicios erróneos. Habiendo hallado sobre nuestro poeta rondeño Espinel curiosísimos datos que completan la idea de su vida, se propone publicarlos reunidos en una brillante biografía al frente de todas las obras del inventor de la décima.

Dos ilustres militares se dedican también con provechosos resultados al cultivo de las musas. El señor don Juan de la Pezuela, avezado á los rigores de toda suerte de injusticias, repule en su apartado retiro de Segovia, una traduccion del poema de Camoens *Os Lusíadas*; trabajo que, comenzado entre los azares de la emigracion, en Lisboa, Bayona y Paris, tomó incremento durante las ultrajantes persecuciones de Cádiz y las Baleares, y ahora recibe la última mano de su depurado buen gusto literario en el hogar doméstico, donde reaniman su patriotismo contristado la serenidad de su conciencia, los afectos de la familia, el favor de las musas y la grata compañía de los libros sabios. Tres son ya con esta las magníficas traducciones de grandes poemas con que ha enriquecido el Parnaso español; contra alguna de ellas acerbamente se ha ensañado, no la discreta critica literaria, sino la desordenada pasion política. Cuando se aplaque el rencor de nuestras luchas se hará justicia á su mérito, y de todas maneras las generaciones futuras, exentas de nuestras prevenciones de partido, rendirán al insigne discípulo de Lista aquel tributo respetuoso, aunque tardío, que no es dado al talento saborear en vida. Justiniano y Arribas también ha concluido otro poema titulado *Hernán Cortés*.

Y ahora que hablo de libros de poesia, le añadiré que, agotada la primera edicion, don Ramon de Campoamor prepara una segunda de su magnífico *Drama Universal*; Grilo también ha llegado há pocos dias de Córdoba con ánimo de hacer una segunda tirada de sus *Obras poéticas*, con adiccion de algunas nuevas composiciones, entre las que se cuenta la *Oda* que con alma agradecida ha dedicado á la memoria del señor conde de San Luis, el Mecenas de la juventud estudiosa. Otro poeta cordobés, Alcalde Valladares, tiene en prensa los últimos pliegos de la *Coleccion de sus poesías*, publicadas á costa del Excmo. señor conde de Catre.

Voy á terminar, porque esta carta se va haciendo ya un tantico desproporcionada. Valera publicará este otoño el tercer tomo de las obras de Federico Schak.

Tales son los libros publicados recientemente, en publicacion ó próximos á darse á luz, de que tengo noticias.

¿No estarán sobre el pupitre otros muchos que yo ignoro?

Pues vea usted ahora los anuncios de teatros: García Gutierrez, Lopez de Ayala, Tamayo, Egulaz, Zorrilla, Nuñez de Arce, Hurtado, Santisteban, Liern, Perez Escribá y otros tienen obras dramáticas originales escritas que dentro de poco vamos á ver representar. ¿Quién hablará, pues, con justicia de nuestro retraso literario, aquí donde contamos inteligencias tan laboriosas como las de Cánovas, Molins, Hartzembusch, Cañete, Zarco, sin contar los trabajos de esa temprana juventud patriótica que en la prensa y en la tribuna, en el Ateneo y en el libro discute y lucha, aspirando con ánimo generoso á resolver las cuestiones sociales por medio de las elucubraciones filosóficas y á que salga un rayo de luz de la obcecada contradiccion de tantas doctrinas opuestas?

Aun hemos de confesar que no se ha agotado aquella fecunda vena que preconizó en el siglo XVI el genio español por toda Europa, y que á pesar de lo pervertido que está el gusto público, aun sabemos producir libros provechosos para nuestra honra y para la posteridad.

JUAN P. DE GUZMAN.

Poesía.

EL MAR Y LA BRUMA.

Solo estoy, solo estoy con mis pesares
Oyendo palpar el corazon,
En la desierta orilla de los mares
Que repiten mis cantos de aficcion.

La niebla esparce su vapor oscuro
Y esconde los objetos por do quier;
Las ondas baten el peñon seguro
Cual movidas de mágico poder.

Ni se oye el sollozar de una paviota,
Ni se ve en las espumas el delfin,
Imágen bella de una gavia rota
Que asoma del Océano al confin.

Tristeza, nada mas, terrible, inmensa...
Estrépito, terror, oscuridad,
Y el pabellon de la neblina densa
Que agita el Euro con furor tenaz.

Nadie, nadie contempla mis dolores,
Nadie escarnecerá mi padecer,
Me duele el corazon... no hay mas que horrores...
Voy á llorar, no tengo á quien temer.

Voy á llorar por los risueños dias
Ricos de amor, y gloria y juventud
Y esperanzas y encantos y alegrías
Hoy que perdió mi sol su hermosa luz.

¡Cuán venturoso entonces, cuán contento,
Apuraba el tesoro del gozar,
Creyendo que la dicha era sin cuento!...
Me duele el corazon... quiero llorar.

¡Infeliz, infeliz! ¡Quién me diria
En mi éxtasis divino, seductor,
Que las tétricas brumas buscaria
Para ocultar mi llanto abrasador!...

Yo que en el muelle seno de una hermosa
Gozaba los hechizos del Eden,
Ir tras la noche fria, tenebrosa
Para calmar el fuego de mi sien.

¡Yo que en medio de lauros y festines,
Yo que en medio de alegre confusion
Vagaba por magníficos jardines
Dar á las soledades mi cancion!

¡Ah! se me parte el alma de amargura,
Me siento de pesar desfallecer;
Imágenes de gozo, de ventura,
Horas de bendicion, volved á ser.

¡Horas de bendicion!... horas queridas,
Venid mis negras cuitas á endulzar,
Venid cual magas de laurel ceñidas
Mi lloro cariñosas á enjugar.

Presentadme á la virgen hechicera
Con su mirar sublime, encantador,
Su tez morena, negra cabellera
Y sus risas de aroma y de dulzor.

Que la vea otra vez entre mis brazos,
Suelos sus velos de carmin y azul
Suspirar al ceñirme lindos lazos
Cual suspira entre rosas el balbul.

Vuelva, vuelva la turba bulliciosa
Á enguinaldar mis sienas de laurel,
Para que mi adorada candorosa
Deje en mis labios, de los suyos miel.

Y que tornen las fiestas continuadas
Con sus brindis, su ruido atronador,

Y sus lindas mujeres que hechizadas
Prodigan sus caricias al cantor.

Todo, todo ese lujo, esa riqueza,
Todo ese torbellino, ese vivir,
Ese reino donde hace la belleza
Al corazon de júbilo latir;

Esa creacion, vistosa y encantada
Con auroras de fulgido color,
Con estrellas de lumbre nacaradas,
Con frisas de consuelo, de frescor;

Y bosques, y cascadas, y anchos rios,
Y lunas de purísimo brillar
Y arroyos blancos, saltadores, frios,
Y mil florestas de verdor sin par.

Y en medio de tan rica galanura
Y de iris puro de eternal lucir,
Doncellas, que sonriendo de ventura
Nos embriaguen de gozo hasta morir.

¡Morir! moriré pronto... fué un delirio
Soñar con los placeres otra vez...
Solo tengo recuerdos, mi martirio
Y las brumas del mar, la lobreguez.

Ese manto de tristes nubarrones
Que rodando en el caos sin cesar
Remeda monstruos, brujas y sayones
Que del infierno salen á penar;

Ese gigante que de espanto aterra
Esa mole de enojo y maldicion
Que á los cielos separa de la tierra,
Cual mostrando de Dios la indignacion;

Ese coloso que hace vano alarde
Ante el mundo de firme resistir
Y que férvido rásgase y cobarde
Cuando empiezan los vientos á rugir.

Ese albergue terrible de la muerte,
Donde moran los ángeles del mal,
Para burlarse de la humana suerte,
Para saciar su cólera infernal:

Ese nublado siempre misterioso
Es el único mundo para mí,
Que de las luces huyo presuroso
Por no pensar en la que ya perdí.

Porque me martiriza la hermosura,
Porque nada en el mundo encuentro yo
Mas que recuerdos, tósigo, tortura...
¡La flor de mi esperanza se agostó!

La soledad del golfo y su ribera
El hielo, la tristeza, el huracan
Anhela el alma que el dolor lacera
Para escondida devorar su afan.

Olvidense mis lágrimas perdidas
Llevadas por el cierzo volador,
Mientras tiemblan las rocas combatidas
Á impulso del oleaje tronador.

Yo aquí solo, cual lúgubre atalaya
Uniré de continuo mi gemir
Á los broncos rugidos de la playa,
Tristes como los ecos del sufrir.

Y bajo el velo de la niebla oscura
Que sacude el indómito aquilon,
Veré raros espectros, sombra impura
Vagando cual fantástica legion.

Cuando el fulgente sol con aura lumbre
Venga el negro horizonte á iluminar,
Mientras él dore la gigante cumbre
Yo me iré á las cavernas á ocultar.

Mas si los deslumbrantes resplandores
Del albo dia llegan hasta allí,

Las brumas serán velos salvadores
Y el piélagos la tumba para mí.

Trovador, hermano mio,
Si mi cántico sombrío
Lastima tu corazon,

Llora mis hondos pesares
Mientras yo sobre los mares
Vierto llanto de aficcion:

Llora mi desgracia, amigo,
Como yo lloré contigo
Y apuré la negra hiel,

Y el que primero sucumba
Orne del otro la tumba
Con sus hojas de laurel.

JOSÉ MARÍA DE ALBUERNE.

Una visita nocturna.

(EPISODIO HISTÓRICO.)

I.

Todos los que conocen la historia de la dominacion de los reyes austriacos en España, han podido observar la analogía del carácter de cada uno con el estado de la monarquía durante su reinado, y que el decaimiento de esta desde el tiempo de Carlos I ha ido coincidiendo con lo que los sucesores de este degeneraron, no teniendo sus caballerescas y brillantes cualidades, ni en sustitucion otras tanto ó mas útiles para gobernar con acierto.

Algunos historiadores indican como la causa mas principal del abatimiento de la nacion española, ó mas bien del cetro español, la ambicion de Carlos I, que esquilmo los pueblos y despobló sus estados destruyendo la industria con las continuas guerras, que tanta sangre y tantos caudales gastaron. Sin negar la verdad de este aserto, vemos nosotros una concausa muy influyente y de gran peso en el carácter de Felipe II, hijo de Carlos I.

Este monarca, cuyo genio dominante y suspicaz política recelaba de lo mas mínimo, y en el acto mas sencillo creia ver un ataque á su poder; este monarca, que no dudó asesinar jurídicamente á un hijo suyo que imaginó le hacia sombra, instituyó en los usos y costumbres de su corte y en la educacion y enseñanza de los príncipes tales ideas y métodos, que solo podia producir cortesanos débiles y afeminados, y reyes apocados y pusilánimes.

Felipe III, apellidado *el Piadoso* por su cronista, hijo y sucesor de Felipe II, demuestra claramente esta verdad. Irresoluto por carácter, su educacion le convirtió en apocado, y exagerando unos principios de mal entendida religion, fué su reinado uno de los mas desastrosos para la nacion, tanto por los hechos que en él se consumaron, cuanto por las fatales consecuencias que en adelante produjeron. La constancia, hija de su ineptitud, con que sostuvo al favorito duque de Lerma, produjo una guerra palaciega de intrigas, en que tomaron parte hasta la misma reina y el príncipe de Asturias, que despues reinó con el nombre de Felipe IV.

Como no es nuestro intento trazar la historia de esta dinastía, y si solo dar unos preliminares sobre ella, para la explicacion de lo que vamos á referir, nos abstendremos de hablar del reinado de este último y del de su ridículo sucesor Carlos II.

Era hácia los últimos tiempos de la privanza del cardenal duque de Lerma en el reinado de Felipe III, cuando una noche entró en su palacio el favorito con semblante inquieto y desasosegado. Encerróse en su despacho, y dentro de muy pocos momentos hizo llamar á su confidente don Rodrigo Calderon.

— Calderon, dijo el duque luego que estuvieron solos; la rabia de mis enemigos no tiene ya límites. Se han atrevido á acusarme de los crímenes mas odiosos, habiendo llegado hasta el extremo de decir á S. M. que yo favorecia los amos de S. A. el príncipe, con el objeto de distraerle y estorbar que se ocupe de los negocios del Estado.

— Lo sé, señor, contestó Calderon con tono lastimero; sé que se han intentado contra V. E. tales acusaciones, y sé tambien que para darles color de verdad no se ha perdonado medio alguno.

— ¡Cómo! ¿Pues qué sabes?

— He averiguado que tiene S. A. amores con cierta mujer de baja esfera, y no me queda duda alguna de que es voz pública, perdóneme V. E. si uso de tal claridad, de que tales amores han sido fomentados por órden de V. E.

— ¡Qué infamia! ¿Y conoces esa mujer?

— No, señor; pero la conoce uno de mis criados, de quien he adquirido las noticias que he dado á V. E.

— Pues bien, escucha...

A esta sazón entró un criado para anunciar al cardenal ministro que S. M. le llamaba, y la conversacion quedó interrumpida.

II.

A las doce de la misma noche se apeaban dos hombres de un coche de alquiler, junto á la esquina de cierta calle solitaria de Madrid. Embozaronse en sus capas, y despues que se hubieron asegurado de que nadie les observaba, entraron por la oscura calle. Pararonse á pocos pasos delante de una casa de muy humilde apariencia, y llamaron á la puerta con mucho tiento. No tardaron en abrirles, y quedando en el portal uno de los embozados, siguió el otro á la criada, que, sin sacar luz, le llevó al través de corredores y habitaciones que tampoco estaban alumbradas, y abriendo una mampara le introdujo sin hablar en un salon.

Parecia que toda la claridad que faltaba á lo restante de la casa se habia reunido en él. Eran además los muebles en extremo lujosos, sin que faltase nada de lo que es capaz de recrear la vista y proporcionar comodidad. Al recién llegado nada de esto sorprendió: quitóse la capa el entrar, y manifestó la figura de un jóven mal parecido y alaviado con la mayor riqueza, y se dirigió á la única persona que en él habia y era una mujer jóven, hermosa y lujosamente vestida.

Ella habló la primera, y dijo: — ¿Cómo tan tarde, príncipe mio?

— Bien á mi pesar, Catalina; pero aun temí que me fuese imposible venir, porque mi padre ha pasado gran parte de la noche con



M. MOISÉS MILLAUD.

el cardenal-ministro, y ya sabes que es necesario esperar á que se acueste para poder salir.

— Todos son riesgos y todo son apuros para nosotros. ¡Ah príncipe y qué mal he hecho en dar oídos á vuestras palabras!

El príncipe, pues era nada menos que el hijo primogénito de Felipe III, contestó á Catalina con caricias, y los dos amantes se entregaron con descuido á su cariño. Bastante tiempo habia pasado desde su llegada, y ya se disponia á partir arrancándose de los brazos de su amada, cuando llamaron con fuertes golpes á la puerta. Alborotaronse los dos, y llegó su susto al extremo cuando entró la criada azorada, diciendo que mandaban abrir la puerta en nombre del rey.

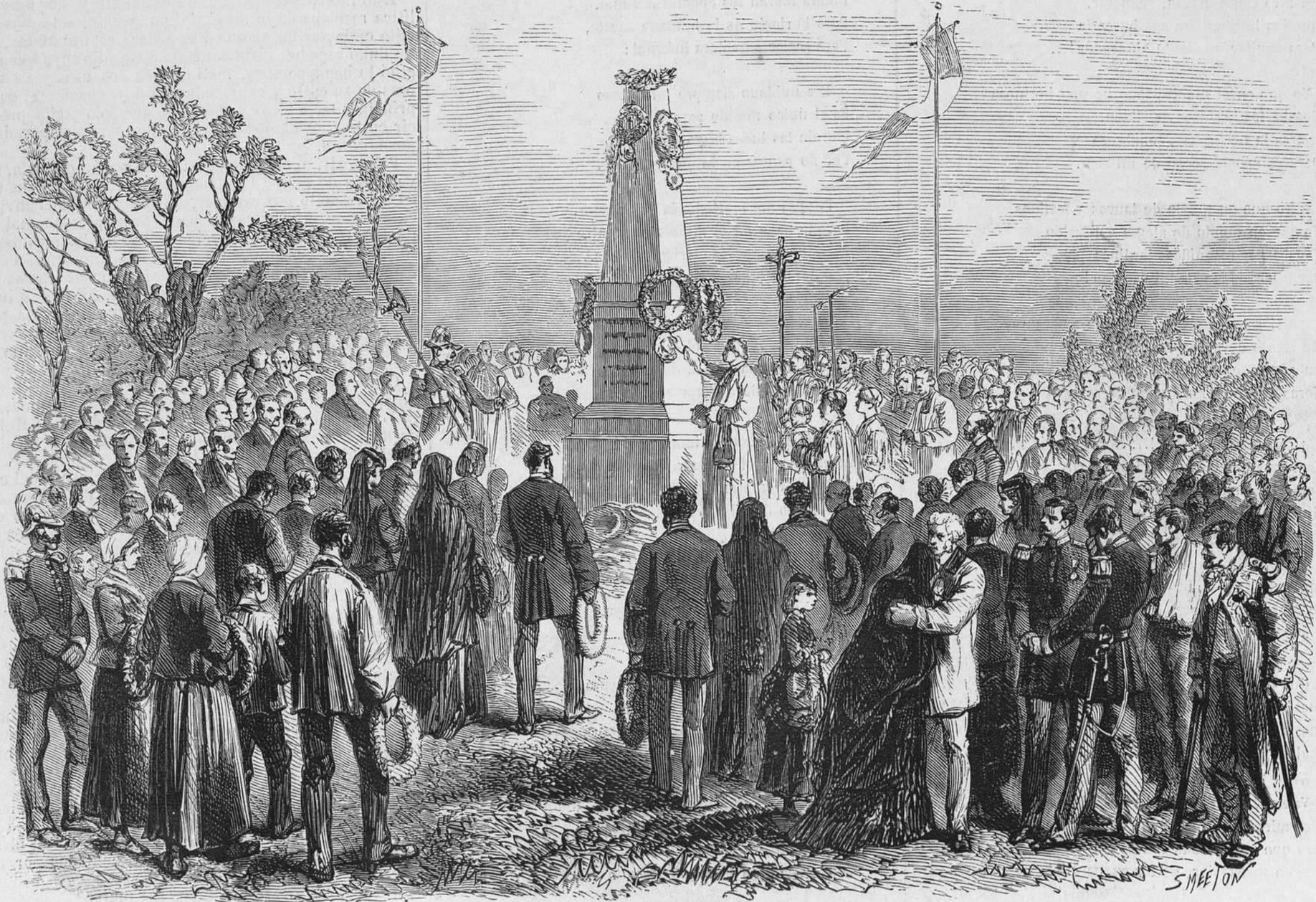
Al oír este nombre se puso pálido el príncipe, y en tanto que la criada fué á abrir toda llena de temor, corrió á ocultarse en un gabinete inmediato. Catalina, mas muerta que viva, procuró serenarse, y sentándose en un sitio al lado de una mesa esperó el resultado.

No habian pasado muchos instantes, cuando se presentó en el salon una especie de esbirro de alto coturno, que saludando apenas á Catalina la entregó un pliego de que era portador. Catalina lo tomó atolondrada y sin cesar de mirar á la puerta, como esperando ver entrar soldados ó dependientes que acompañasen á aquel hombre.

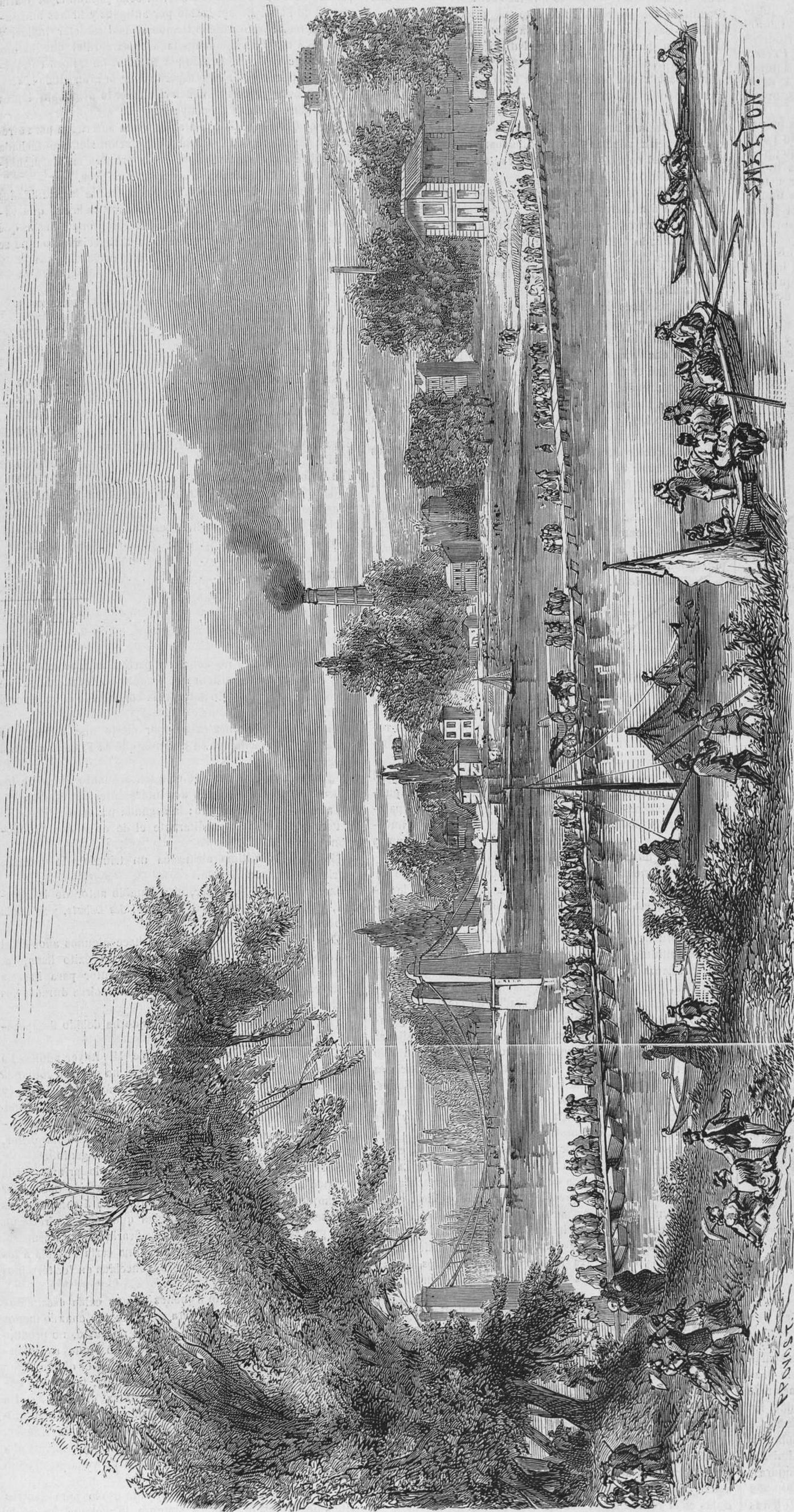
— Leed, señora, dijo este. Es una orden de S. M.

Obedeció Catalina, y abriendo el pliego lo leyó toda temblando. Luego que hubo concluido, exclamó:

— ¡Yo desterrada de Madrid! ¿Pues cuál es mi delito?



Inauguración del monumento conmemorativo de los combates de Orleans, el 11 de octubre de 1871.



Las carreras de Longchamps en 1871. — La vuelta de las carreras por el puente de Suresnes.

— Nada puedo decir, respondió el hombre; solo sé que un coche os espera á vos y á vuestra madre, y que dentro de tres horas debéis estar fuera de la córte, pues hasta entonces no os perderé de vista.

— ¿Cómo es eso? dijo el príncipe saliendo del escondite.

A la vista del príncipe se quedó el emisario estupefacto. Cogió aquel el pliego y lo leyó muy despacio, quedando despues pensativo largo rato, en tanto que todos los presentes guardaban respetuoso silencio.

— Catalina, dijo al cabo Felipe, no nos queda mas remedio que obedecer. Parte, pero yo te aseguro que el cardenal-ministro se arrepentirá de la infernal treta que me ha jugado, y que tú no estarás separada de mí ocho dias. Y tú, añadió dirigiéndose al esbirro, trata á la señora con las mayores consideraciones, y ay de tí si alguien llega á saber que me has visto esta noche.

Inclinóse el emisario en señal de obediencia, y el príncipe, despues de recibir la despedida tierna y los abrazos de Catalina, se marchó precipitadamente, dejando á esta en poder del enviado del ministro.

Seis dias despues el duque de Lerma estaba privado de la gracia del rey y sufría la suerte que quiso imponer á Catalina por haberse empeñado en probar que no tenia parte en los extravios del príncipe de Asturias. Catalina volvió á Madrid, aunque nada dice la historia de si recibió en adelante visitas nocturnas.

Moisés Millaud.

Muchos caminos conducen á la celebridad, dice el poeta, y ejemplo de ello es Moisés Millaud, que acaba de fallecer á la edad de cincuenta y ocho años. Hijo de unos comerciantes pobres de Burdeos, sin grande instruccion, vino á ser uno de los hombres que durante el período imperial llamaron mas la atencion pública en Paris, y por consiguiente en Francia. Una idea fija le dominaba, y era la de hacer ruido, pues se hallaba en la persuasion de que con ruido se alcanza todo, y que la notoriedad es madre de todos los triunfos.

Esto explica lo mucho que dieron que hablar los negocios en que se mezcló Moisés Millaud; pero lo mas singular que habia en aquel carácter ó en aquella organizacion, es que si deseaba producir efecto de aquel modo, admiraba sobremanera á todos los que adoptaban su mismo sistema. Que estaba de fuenta fe es indudable. Bajo este concepto, la vida de Moisés Millaud está plagada de anécdotas que muy á menudo han dado alimento á las crónicas en un tiempo en que se respetaba poco la vida privada, no obstante las prohibiciones legislativas.

¡Qué de profesiones! Pasante de escribano, corredor de anuncios, agente de negocios, fundador de periódicos, banquero, creador de empresas de toda clase, industriales y comerciales, vaudevillista tambien en sus ratos de ocio, Moisés Millaud aparece sobre todo como un inmenso explotador de la publicidad. Para las personas que conocia ó que le conocian, lo cual no es lo mismo, fué siempre bueno y servicial, y para sus amigos fué un amigo; lo que explica el sentimiento universal que le ha acompañado al campo del reposo. En aquella multitud compuesta de hombres célebres en la prensa, en las artes ó en la hacienda, no se oía otra cosa que elogios de un corazon de una bondad inagotable.

Larga es la lista de los periódicos fundados ó explotados por M. Millaud, desde los pequeños periódicos de teatros como *l'Avant-scène*, hasta los periódicos judiciales como *l'Audience*, y los financieros como el *Journal des Actionnaires*, y por fin, los grandes periódicos políticos como el *Pays*, el *Constitutionnel* y la *Presse*. Para Moisés Millaud era una verdadera necesidad tener un periódico, era, digámoslo así, una manía. A decir verdad, era la consecuencia de lo que pensaba sobre la publicidad.

Entre las creaciones de Moisés Millaud, figura en primer término el *Petit Journal*, que se ha llamado pomposamente la prensa del pobre. Esto es demasiado; pues ante todo hay que considerar que los fundadores hicieron con esto un gran negocio. Luego, sin querer menospreciar lo que se imprime y se vende de esa manera, es de sentir que no se haya elevado mas el juicio moral, sin atenerse al sueldecillo que da el comprador. Sea como quiera, no hay duda que el *Petit Journal* penetrando por todas partes, ha difundido el amor á la lectura. En cuanto á lo demás, opinamos como los ingleses. Que el pueblo comience por saber leer, que encuentre gusto en descifrar lo que está escrito, y despues vendrá por sí solo cuanto pueda desearse.

No vacilamos en decir que Moisés Millaud no tuvo conciencia de su obra; pero el bien está hecho, y debemos estarle agradecidos. Ahora lo que falta es sacar partido de su obra. J. B.

Monumento conmemorativo

DE LOS COMBATES DE ORLEANS.

Despues de la desastrosa jornada de Sedan, la Francia se quedó sin ejército. El del Rhin, mandado por el mariscal Bazaine estaba encerrado en derredor de Metz y solo podía servir para inmovilizar una parte de las fuerzas alemanas. Así fué que el enemigo pudo sin obstáculo invadir el Oeste y el centro de la Francia. El 20 de setiembre Paris estaba completamente cercado y los primeros días de octubre la invasion se extendía por el Beauce y el Loiret.

El primer cuerpo bávaro, mandado por el general de Thann, marchaba sobre Orleans.

No había contra los bávaros mas que móviles bisoños y algunos batallones de infantería llamados de Argelia. con estas débiles fuerzas los generales Polhes y de la Motterouge trataron de defender los aproches de la ciudad; pero en vano, pues en la noche del 11 de octubre los bávaros entraban en Orleans. La resistencia fué lo que podía ser con aquellos elementos: sin embargo, en Fleury fué heroica. Un puñado de valientes, 600 hombres cuando mas, tuvieron en respeto á las fuerzas enemigas, y si no vencieron, supieron morir. Orleans acaba de celebrar con un luto general y con la erección en Fleury de una columna conmemorativa, el aniversario de aquel glorioso combate. El monumento es tan sencillo como grande fué el acto cuya memoria consagra.

En el zócalo de la columna se lee:

Á LOS VALIENTES MUERTOS EN DEFENSA DE LA CIUDAD,
EL 11 DE OCTUBRE DE 1870.

No obstante, iban á ser vengados; pues en tanto que morían, el general d'Aurelles organizaba rápidamente el ejército del Loira, que mandaba en jefe. Dos cuerpos se formaron al instante: el 45º, general Martin de Pallieres y el 46º general Chanzy, y se pusieron en campaña. Vencedores la primera vez en el combate de Valliere, lo fueron también en Coulmiers, tanto que el general de Thann, que entró en Orleans el 11 de octubre, salió precipitadamente el 19 de noviembre, retirándose á Arthenay.

Este principio era de buen agüero; y quizás el nuevo ejército del Loira habria realizado las esperanzas que hizo concebir; pero Bazaine capituló, y dió al ejército del príncipe Federico Carlos la libertad de sus movimientos. C. P.

Revista de Paris.

Sabido es que las desgracias de la Francia han conmovido profundamente á la Inglaterra. Los intereses políticos podían hacer que el gobierno inglés se mostrase propicio á la Prusia mas que á la Francia cuando la deplorable declaración de guerra de 1870; pero conforme se fueron desarrollando los sucesos, el pueblo de la Gran Bretaña no pudo presenciar sin emoción las espantosas calamidades que caían sobre su generoso aliado de Crimea. Una prueba de este sentimiento fué la suscripción iniciada por el lord corregidor de Londres, con destino á Paris en la prevision del levantamiento del sitio, suscripción que ascendió á la suma de 126,000 libras esterlinas.

La población de Paris no ha echado en olvido aquella gran señal de simpatía; y al punto que los acontecimientos lo han permitido, su principal intérprete el prefecto del Sena, M. Leon Say, y el presidente de la municipalidad de Paris, M. Vautrin, han tenido á honor el manifestarlo así públicamente en Londres.

Los magistrados parisienses han oído las mas firmes protestas de amistad entre las dos naciones.

La ocasión mas notable para estas efusiones de mutuo entusiasmo, fué un banquete organizado por el lord corregidor, al que asistían además de los funcionarios parisienses, los miembros del comité formado para centralizar las suscripciones á beneficio de los sitiados.

En este festin se pronunciaron discursos de que debemos dar cuenta á nuestros lectores.

El lord corregidor dijo que la solicitud de todo el universo ha acompañado á la Francia en sus desgracias, y M. Leon Say despues de dar gracias á todos los presentes por los socorros que recogieron y enviaron á la ciudad de Paris, una vez levantado el sitio, añadió:

— Durante mas de cinco meses hemos estado separados de la Francia y del resto del mundo, y hemos podido creer por un momento que el siglo XIX no existía ya y que había vuelto la edad media. Estando todavía bajo la impresión de esa idea, fué cuando recibimos la buena nueva de que todavía se comprendía en alguna parte la solidaridad humana. El amor al bien no había desaparecido del mundo, y vosotros nos lo habeis mostrado los primeros. Esto ha sido para nosotros un consuelo moral al mismo tiempo que material, y en mi carácter de uno de los representantes de Paris os doy las gracias; os las doy también como prefecto.

M. Leon Say trató despues extensamente la cuestión del libre tráfico, que tanto interesa á los ingleses; y no hay para qué decir que se mostró partidario de la continuación del tratado de comercio, que prometió se respetaría, lo cual ha hecho creer que el gobierno francés abandonará su sistema proteccionista.

El discurso de M. Vautrin, presidente del municipio, merece ser leído:

« Vengo en nombre de la ciudad de Paris á expresar á la gran ciudad de Londres y al lord corregidor, su digno representante, el testimonio sincero de nuestro reconocimiento por las pruebas de simpatía que nos habeis dado despues del sitio de Paris, enviando á la población que mas había sufrido, víveres para su abastecimiento. Milord corregidor, hemos soportado no pocos dolores durante ese largo sitio. Cuando encerrados dentro de nuestros muros queríamos resistir, á costa de todos los sacrificios, no era nuestra causa sola la que defendíamos; al combatir por conservar íntegra nuestra querida patria, sosteníamos también la causa del derecho, de la independencia y de la dignidad de los pueblos. En nuestras desgracias no se nos han escaseado palabras amargas. El silencio de las naciones sorprendía á nuestros amigos y pesaba sobre nuestras conciencias. Habíamos aprendido á no contar mas que con Dios y con nosotros.

En ese momento fué cuando oímos una voz amiga que venía de Inglaterra: la gran ciudad de Londres decía á la capital de Francia; « No, no os olvidamos: vuestras desgracias nos conmueven profundamente y nos apresuramos á daros una prueba de nuestra simpatía. » Milord corregidor, ese día, permitidme decirlo, la ciudad de Londres hizo mas por la alianza de los dos pueblos con ese solo acto de su iniciativa, que todos los tratados mas formales de la diplomacia hubieran podido hacer. La ciudad de Londres, obedeciendo á ese noble sentimiento de humanidad y de simpatía, cimentaba en lo presente y para lo futuro la alianza duradera de las dos naciones. Nuestros desastres han sido grandes; pero la voluntad firme, resuelta de la Francia es repararlos con el orden, la economía y sólidas instituciones.

En nuestra historia hemos visto desgracias mas grandes; pero la Francia se ha levantado de ellas mas fuerte y mas grande todavía. En la sensatez de nuestra política se presenta á nosotros un porvenir reparador. Ya habeis visto cuando el empréstito hecho para el Estado, y despues de la exposición tan clara y honrada de nuestra situación trazada por M. Thiers, nuestro digno presidente de la República, cómo se ha respondido en todas partes al llamamiento del gobierno. Hace poco, cuando la ciudad de Paris ha pedido las sumas necesarias para hacer frente á las necesidades de la situación, los capitalistas franceses y extranjeros le han ofrecido diez y ocho veces los 350 millones de francos que pedía.

En las armas de la ciudad de Paris se ve figurar la nave, emblema de nuestra antigua ciudad, y nuestros antepasados pudieron inscribir este lema: *Fluctuat nec mergitur*. Es llevada por las olas, pero no se sumerge. Podemos tomar esas palabras por divisa de la Francia; puede ser batida por la tempestad, pero no se sumerirá jamás. Milord corregidor; tenemos que velar cuidadosamente por nuestra hacienda para atender á las cargas que pesan sobre nosotros. El mejor medio es seguramente mantener, desarrollar las relaciones comerciales de las naciones, y las modificaciones que pudieran ser introducidas de comun acuerdo en nuestro tratado, solo serian pasajeras y respetarian los grandes principios comerciales cuya verdad no puede ser desconocida.

Milord corregidor; me felicito de haber tenido la honra

de representar cerca de vos, en compañía de nuestro digno prefecto del Sena, M. Leon Say, al consejo municipal y á la ciudad de Paris. He aprendido por antiguas y firmes amistades á apreciar hace mucho tiempo el leal carácter inglés, y repetiré á mis conciudadanos la acogida cordial que hemos recibido de vosotros. Brindo por la salud de milord corregidor de Londres y por la prosperidad de la gran ciudad. »

Todas estas gracias se deben ciertamente al pueblo inglés por su generosidad y su simpatía.

Así es que en Paris se ha abierto una suscripción para ofrecer un testimonio de gratitud á esa nación siempre tachada de egoista y que sin embargo, es la primera en desprenderse y liberalidad en los momentos críticos.

Un periódico de Paris publica el cuadro de las cantidades distribuidas en Francia por las sociedades inglesas, que vamos á reproducir aquí para que se comprenda hasta qué punto es merecido el recuerdo de agradecimiento que se propone ofrecer el comité de Paris á la nación inglesa.

	FRANCOS.
The Mansion house Fund.	3.150,000
Sir Richard Wallace.	2.000,000
The National Society (gastado en favor de los heridos franceses).	2.500,000
The Friends Society.	1.700,000
The French Peasants seed Fund.	1.050,000
The French Peasants relief Fund.	550,000
Suscripciones recibidas por MM. Piesse y Lubin.	500,000
The Refugees Benevolent Fund.	233,000
Relief of Sufferers from war in France.	150,000
Suscripción francesa.	150,000
Society for clothing French Prisoners.	50,000
London Publishers Fund.	50,000
Evangelical Society.	25,000
Rev Dr Smyth.	25,000
Total.	12.133,000

Añadiendo á esto los donativos particulares, se calcula en mas de diez y ocho millones de francos el total general de las cantidades que la Inglaterra ha consagrado á socorrer á la Francia.

Diez y ocho millones exigen por cierto una muestra de gratitud, y no vacilamos en asegurar que la Francia quedará honrosamente.

Esta semana tenemos que ocuparnos cuanto antes de los teatros, adonde nos llaman dos interesantes novedades.

La primera es una ópera; la segunda un drama.

Pero; qué destino tan diferente el de estas dos producciones!

Mientras la última alcanzaba un triunfo, la primera sufría una ruidosa derrota.

La ópera es de M. Reyer, el aplaudido autor de la *Estátua*, y el eminente crítico del *Journal des Débats*, y se titula *Erostrato*.

Esta ópera se había ejecutado ya hace algunos años en el teatro de Baden, donde había obtenido un éxito lisonjero, antecedente que sin duda animó á su autor para hacerla representar en Paris, donde solo ha podido oírse durante dos noches.

¿Es, pues, una obra tan inferior que ha debido desaparecer tan pronto del repertorio?

No lo creemos; la producción de M. Reyer adolece, á nuestro juicio, del nuevo carácter que ha querido tomar la escuela francesa, excluyendo, digámoslo así, la melodía, y dando una importancia exagerada á las combinaciones armónicas; pero dada esta situación, el *Erostrato* es una de tantas obras que se recomiendan por la ciencia del compositor, ya que en ella faltan la espontaneidad y el ingenio.

Sea como quiera, *Erostrato* no agradó la primera ni la segunda noche, y como los artistas de la Grande Ópera, por mucho que sea su amor al arte, se resistían á continuar las representaciones de una producción que no les ofrecía un gran provecho, se decidieron á sacrificarla sin mas pruebas, contra lo cual protestó M. Reyer en una carta dirigida á los miembros del comité de la Ópera, concebida en los términos mas dignos.

Con razon les dice que á menos de una caída escandalosa, es costumbre que una ópera se represente cuando menos tres veces; y como *Erostrato*, aunque no gustó, no produjo escándalo ninguno, el autor tenía derecho á que se ejecutara algunas noches, antes de sumerirla en el olvido.

La prensa ha discutido mucho, y en suma, la opinion general no es favorable: se nota contra el autor cierta animosidad que no nos explicamos, unos le llaman mal imitador de Berlioz, y otros le tienen por discípulo de Wagner, M. Jules Janin, su colega en el folletín del *Journal des Débats*, trata la cuestión bajo un punto de vista en el cual podría ser que estuviese bien orientado.

En su sentir, todo hombre bastante osado para hacerse crítico de profesion, hallará siempre la violenta oposición que acaba de encontrar M. Reyer.

El crítico es el blanco eterno para los tiros del impotente y del hábil: de este, porque no quiere que otro mas afortunado se le ponga delante, de aquel, porque oculto en la sombra, celebra que el talento no se dé á conocer, que viva ignorado.

Se clama contra el crítico porque les canta á todos las verdades, y se le desafia á que produzca algo; y cuando el crítico se decide á mostrar lo que sabe hacer, entonces cae sobre él una lluvia de injurias.

— Que se contente con escribir sus folletines, le dicen en coro.

Y aun puede darse por dichoso de que los cómicos y las cómicas no corran á él cambiados en furias y le saquen los masa.

Tal es el espíritu, si no las palabras de la defensa de M. Jules Janin, contristado sobremanera de que « esa bella obra que se titula *Erostrato* haya encontrado tan poca simpatía y que haya quedado borrada para siempre del ingrato cartel y de la orquesta de la Ópera. »

Pasemos ahora al drama, que se representa en el teatro del Ambigu.

Titulase el *Artículo 47* y es obra de M. Adolfo Belot.

Este artículo del código penal prohíbe la residencia en París á todo presidiario que ha cumplido su condena.

Al levantarse el telon nos encontramos en Ruan en una audiencia del Tribunal de Assises.

Un jóven llamado Jorge Duhamel, vuelve de América con su amada Cora, y apenas ha desembarcado en el Havre se convence de que aquella mujer le hace traicion é intenta asesinarla.

Sin embargo, el pistoletazo no la mata, no hace mas que desfigurarla para siempre, y el jurado condena á Jorge á cinco años de trabajos forzados.

Pasan ocho años, Jorge se encuentra libre, y lo primero que hace es dirigirse á París, donde vive refugiado en casa de su madre, y ocultándose con el nombre de Gerardo.

Tambien Cora está en París haciendo fortuna á la cabeza de uno de esos garitos del mundo elegante en donde se arruinan los hijos de familia.

Va á comenzar el drama.

Gerardo se ha casado con la señorita Marcela de Rive y disfruta de toda la felicidad doméstica imaginable; pero quiere la desgracia que, buscando á su suegro para darle noticias de su hija, que se halla indispueta, entre en la casa de juego, donde Cora le reconoce y le hace su presa.

Cora le declara que le ama con delirio y exige de él una visita diaria; de lo contrario descubrirá el horrible secreto á Marcela.

¿Qué hacer en tal situacion? Si resiste, es lo mismo que provocar la muerte de su amada esposa.

Jorge se sacrifica ante aquella amenaza, acepta su servidumbre y pasa las noches en la casa de juego.

No tardan en despertarse los celos y las inquietudes de Marcela.

¿Qué significan aquellas ausencias nocturnas?

La jóven le sigue una vez y penetra en casa de Cora.

La revelacion es inevitable: Marcela se cree engañada, y su esposo no tiene mas remedio que contarla su deplorable historia.

¡Cruel confesion! Pero al mismo tiempo, digno castigo de Cora, que al verse abandonada por su amante, pierde la razon.

Es la escena capital del drama.

Cora conoce que se vuelve loca y lucha desesperadamente contra su extravío; pero la turbacion de su cerebro se aumenta por instantes y aprovecha los últimos destellos de lucidez para escribir una carta con la idea de informar á la justicia de que se halla en París el presidiario Jorge Duhamel.

Despues que ha concluido esta delacion, cae lanzando un grito.

¡Ya está loca!

La carta no llega á las manos de la justicia.

Marcela perdona á su esposo, y el matrimonio deja la Francia.

Tal es el drama resumido brevemente: desde las primeras escenas interesó al público; pero cuando el interés y la emocion llegaron al colmo fué en esa situacion de la locura que la actriz Mlle Rousseil desempeña admirablemente. Esta escena fué un triunfo.

Los demás actores contribuyen al buen éxito de esta notable produccion dramática, presentada por la empresa con un gran lujo escénico.

Concluiremos con una noticia.

En el Gimnasio se está ensayando con toda actividad una nueva pieza de M. Alejandro Dumas, que se titula: *la Princesa Jorge*.

No hay para qué añadir que los principales artistas de la compañía trabajarán en esta nueva produccion del celebrado autor, y sobre la cual tenemos las mas lisonjeras noticias.

MARIANO URRABIETA.

Viajes.

EL DESIERTO DE LIBIA.

(Continuacion. — Véase el número 980.)

Al volver á nuestra tienda supe que las relaciones entre el pueblo de Siwah y nuestra pequeña caravana no habian mejorado: al contrario, los cheiks reunidos en divan estaban todavía deliberando acerca de la conducta que debian observar con nosotros; habian hecho pedir nuestro firman para examinarlo, y mas tarde supimos que aquella orden, emanada de una autoridad aborrecida en el pais, habia excitado una violenta tempestad. Unos querian que no se hiciese caso de ella y se nos negara todo auxilio; otros opinaban que se nos hiciesen ciertas concesiones, pero todos estaban unánimes en un punto, el de la urgencia de prohibirnos que nos acercásemos á las puertas de la ciudad. Lo que mas temíamos era que la malevolencia de aquellos fanáticos viniera á oponerse, de una manera ú otra, al proyecto que habíamos formado de hacer una excursion á las ruinas del templo de Júpiter Ammon. Ninguno de nosotros poseia á la verdad los conocimientos de un anticuario, y el deseo de visitar célebres ruinas habia servido mas bien de pretexto á nuestro viaje que de verdadero objeto de él; sin embargo, haber andado tanto camino sin verlas, hubiera sido muy mortificante para nuestro amor propio.

Nos valimos, pues, de la astucia, para lograr nuestro propósito, y aparentando insistir en lo que habian resuelto negarnos, conseguimos lo que mas deseábamos. Despues de interminables debates, se nos notificó al fin la decision de los cheiks, los cuales consentian en concedernos el auxilio de guías y cabalgaduras necesarios para visitar las partes que quisiésemos del oasis, pero con la condicion expresa de no acercarnos á la ciudad.

Siwah es á sus ojos un vasto harem, en el cual, segun nos dijeron, circulan libremente mujeres por las calles, ocupándose en llevar agua, moler trigo ó en otras faenas domésticas: hallándose desterrados de la ciudad los hombres del pais que no tienen mujer, con mayor razon deben estarlo los extranjeros.

Poco teníamos que oponer á las razones de exclusion que nos presentaban, y si por otra parte las condiciones suscritas por una gente tan poco tratable hubiesen sido observadas escrupulosamente, no hubiéramos tenido motivo para quejarnos; pero no sucedió así.

Durante nuestra permanencia en el oasis fuimos objeto de insultos y vejaciones de todo género; los muchachos blasfemaban al vernos y nos tiraban piedras, al paso que los hombres afectaban con nosotros una grosería brutal y parecían excitarse mutuamente á ver quién nos arrojaba hácia nuestra tienda; estoy convencido de que si uno de ellos hubiese tenido bastante valor para pegarnos, habria habido una sangrienta refriega.

Poco despues de habérsenos comunicado la decision del sabio consejo de los cheiks y cuando nos preparáramos á emprender nuestras investigaciones, se hizo anunciar una visita, que recibimos entre nuestros sacos y bagajes apiñados detrás de la tienda. El que nos visitaba era un cheik llamado Yusuf, hombre de mediana edad y de benévola fisonomía.

Mostróse muy cortés, tomó asiento entre nosotros y nos hizo un discurso dividido en primero, segundo y tercer punto, cuyo objeto era manifestarnos que desaprobaba la manera como sus compatriotas se conducian con nosotros. Parece que el cheik Yusuf, un poco dominado por la ambicion, habia obtenido anteriormente del bajá un cargo eminente en el oasis, con cuyo motivo se habia expedido un firman en toda regla; pero negándose los demás cheiks á reconocer el nombramiento, llevaron su osadía hasta romper el pergamino.

Desde entonces el cheik Yusuf vivia en la esperanza de mejores tiempos y reinaba entre tanto de una manera despótica en el pequeño distrito confiado á su cargo. Como quiera que sea, no pudimos menos de agradecer su atencion.

La mayor parte de los regalos que recibimos nos fueron enviados por él, los asnos que nos facilitaron eran suyos, y, entre otras atenciones, tuvo la delicadeza de darnos como *cicerone*, durante toda nuestra permanencia, un esclavo negro, á quien sin duda, para hacernos honor, revistió con el título oficial de *showih* ó agente de policia.

El 5 de octubre, muy de mañana, partimos al fin para nuestra excursion al templo de Júpiter Ammon, montados dos de nosotros en asnos y los otros á pié, llevando á nuestro frente al cortés *cicerone* de que he hablado. Despues de caminar algun tiempo por campos cultivados en direccion al Este, entramos en un gran bosque de palmeras que nos condujo muy luego al pié de la aldea de Gharmy, el Agremiéh del viajero Horne-man, y el Siwah-el-Shargieh de Minutoli. Esta aldea, edificada en la cima de una roca perpendicular, se compone de casas apiñadas unas sobre otras y recuerda á Garah.

Quizá fué en otro tiempo una ciudad importante coronada por el palacio fortificado de los reyes ammonistas: sin embargo, me fué imposible descubrir en lo

que tenia delante de mis ojos los vestigios del estado de cosas descrito por Diodoro de Sicilia.

A unos cuatrocientos pasos escasos al Sur de la aldea, se elevaba una sombría masa de ruinas situadas sobre una plataforma de roca en el centro de un espacio descubierta: al punto adivinamos que aquel era el objeto de nuestra excursion, y echando pié á tierra corrimos con el corazon lleno de emocion hácia aquellos venerables restos de lo pasado. Unos cuantos pasos por encima de rocas quebradas y de las piedras amontonadas nos pusieron delante de aquellas murallas, entre las que millares de años antes uno de los oráculos mas célebres de aquella antigüedad comunicaba sus decretos á los mortales.

El primer objeto que se presenta á la vista al acercarse al templo, es un fragmento considerable de un pórtico que hace frente á los restos de una vasta pieza, cuyo techo parece haber sido construido con trozos de piedras de enormes dimensiones.

Al rededor de aquella parte principal de las ruinas se hallan agrupadas, en pintoresco desorden, masas de piedra calcárea, fragmentos de columnas y algunos chapiteles de alabastro, al paso que la superficie del suelo está cubierta en una extension bastante grande de remates de murallas, excavaciones y otros restos que indican evidentemente que en aquel punto habia en otro tiempo un edificio muy considerable ó varios edificios reunidos. Del examen de aquellas ruinas puede inferirse que el templo estaba cercado por una muralla muy gruesa, de una longitud de cerca de cuatrocientos piés de Sur á Norte y de mas de trescientos de Este á Oeste. No he podido cerciorarme de si existia una segunda cerca dentro de la anterior, pero creo que el interior se componia de una multitud de piezas y cuartos seguidos unos á otros y destinados quizá á hospedar á los sacerdotes del templo. A pesar del estado de deterioro en que se hallan aquellas ruinas, es probable que, separando con cuidado la masa de escombros, se pudiese formar una idea bastante exacta del plano general del antiguo monumento.

La pieza central de que he hablado y ante la cual se eleva todavía una parte del pórtico, presenta una superficie de cincuenta piés de longitud por diez y seis de latitud. Las paredes que las rodean estaban construidas con trozos de piedra de seis piés de grueso, pero bastante cortos, mientras que el techo se componia, por el contrario, de vigas de piedra, si me es lícito expresarme así, de veinte piés de largo, cuatro de ancho y otros tantos de grueso, y que sobresalian por uno y otro lado de las paredes formando por fuera una especie de cornisa.

Tres de esas vigas están todavía en su sitio, otras diez he contado cuyos trozos yacen por el suelo, y el conjunto entero permite calcular con bastante exactitud la extension primitiva de la pieza. Segun todas las apariencias, esta pieza era el santuario desde donde el oráculo comunicaba sus decretos, y á juzgar por las ruinas de Be-led-el-Rum, que se dice haber sido una imitacion mas moderna del templo de Ammon, el pórtico se unia á aquel santuario por medio de paredes sencillas llenas de ventanas, entre las que las personas que iban á consultar el oráculo aguardaban la respuesta del dios. Las paredes de aquel cuarto central están cubiertas de figuras geroglíficas; águilas ó buitres con las alas extendidas sobre un fondo sembrado de estrellas decoran lo que resta del techo: algunos vestigios de azul y encarnado indican los colores de que están pintados. La parte occidental de aquel santuario presenta cincuenta y cinco columnas de geroglíficos, y la pared opuesta cincuenta y tres; por debajo se ven procesiones de figuras que llevan tabletas sobre sus cabezas.

Mi descripcion de aquellos restos de un templo célebre parecerá incompleta; pero nos faltaban dos cosas para completarla, el tiempo y los conocimientos necesarios. Ninguno de nosotros sabia arqueología, y además nuestro guía nos mostraba su impaciencia de una manera evidente, excitándonos á marchar y dando prisa al conductor de nuestros asnos para prepararlo todo. Tambien un grupo de habitantes reunidos á la orilla del bosque de palmeras nos contemplaba con ojos tan poco benévols, que juzgamos conveniente acceder á los deseos de nuestro *cicerone* y ponernos en marcha.

Despues de dar un último adiós á las paredes entre las que el conquistador del mundo oyó consignar su origen divino, seguimos por algun tiempo la corriente de un lindo arroyuelo, é internándonos entre el verdor de un bosque delicioso, llegamos bien pronto al manantial conocido con el nombre de fuente del Sol.

Esta fuente se presenta ahora bajo la forma de una sábana de agua sumamente cristalina, retenida en otro tiempo entre paredes cuyos fragmentos se hallan esparcidos por el suelo. La tradicion asegura que aquella agua, cuyo sabor es ligeramente amargo, está caliente á media noche y fresca á la mitad del dia. Examinamos su temperatura á las nueve y media de la mañana, y era exactamente la misma que la de la atmósfera, á saber, de 84 grados de Fahrenheit; la superficie de aquel pequeño estanque está cubierta constantemente de burbujos de aire, que, subiendo de abajo arriba, le dan la apariencia de un líquido que hierve.

El sitio en que está situada aquella linda fuente, es de notable belleza; aquella sábana de agua tan agitada, y sin embargo tan cristalina, las ruinas que la rodean, la magnificencia de la vegetacion, el arroyuelo que de allí parte y se aleja serpenteando á través de las flores y del verde, todo se reune para hacer de aquel sitio un sitio de delicias.

(Se concluirá.)

Lecciones, consejos y reflexiones sobre la mejora de la raza humana y caballar, á propósito de las carreras en 1871, por Cham.



Reduccion del peso del jockey mediante el sudor del paseo al sol.



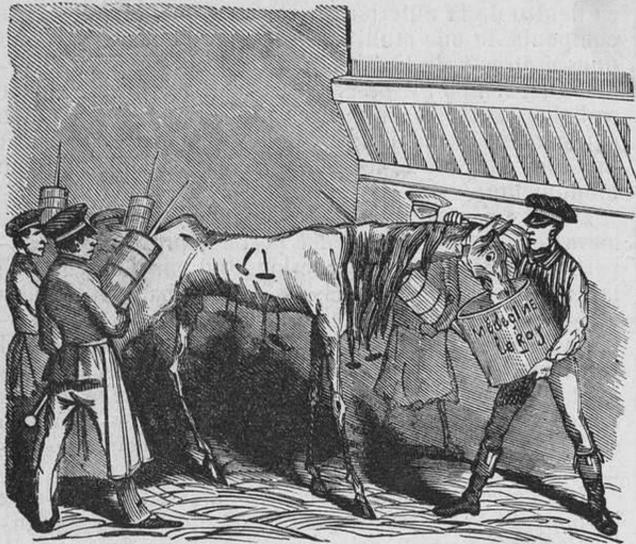
Idem por el sudor en la cama.



Idem por el régimen alimenticio.



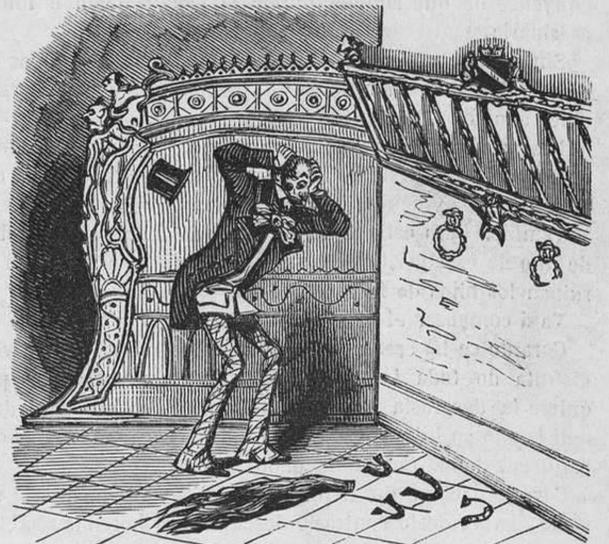
Satisfaccion del jockey llegado al estado trasparente.



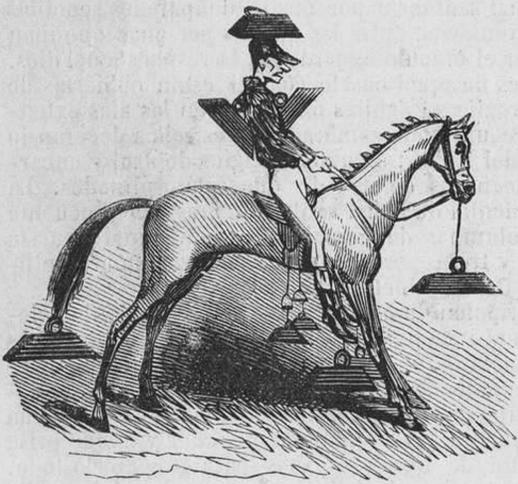
Reduccion del peso del caballo por la medicina.



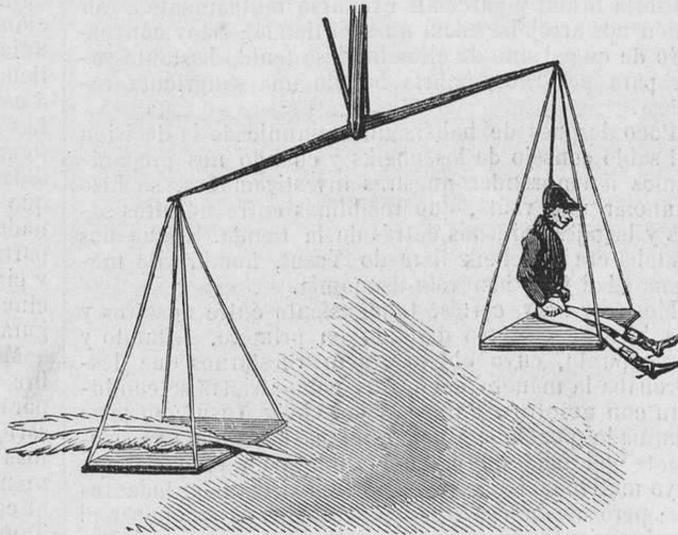
Idem por los medios violentos.



Desesperacion de un esportman en presencia de la excesiva reduccion de su caballo.



Ingenioso modo de aumentar el peso de un caballo y de un jockey demasiado ligeros.



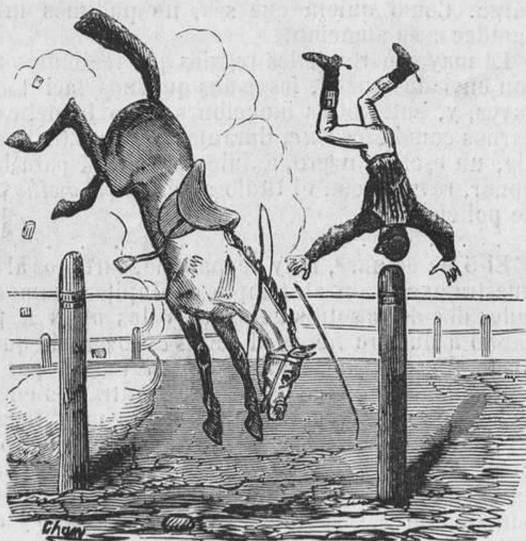
Jockey que ha llegado al peso apetecido.



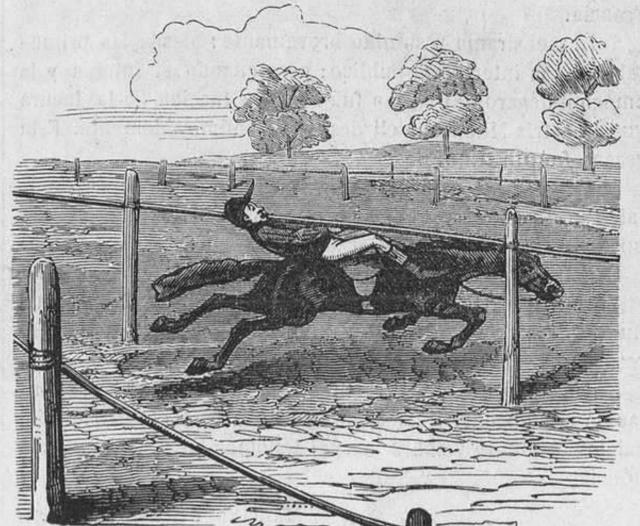
Seducion para ganar el premio de la carrera. — El jockey les hará perder á los dos para que no haya envidias



Un buen jockey modera á la salida el ardor del caballo por medio de un juego de pantorrillas, y expresa, por la posicion de los codos su intencion de dejarse adelantar.

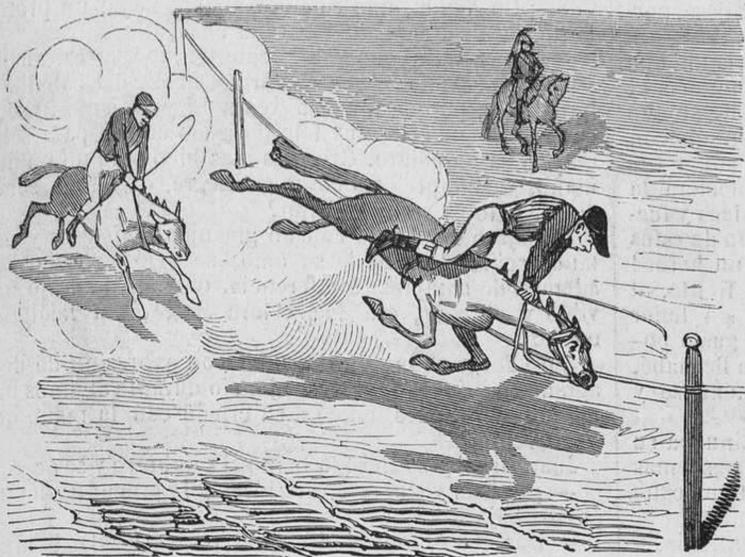


Un jockey que no sabe su oficio.

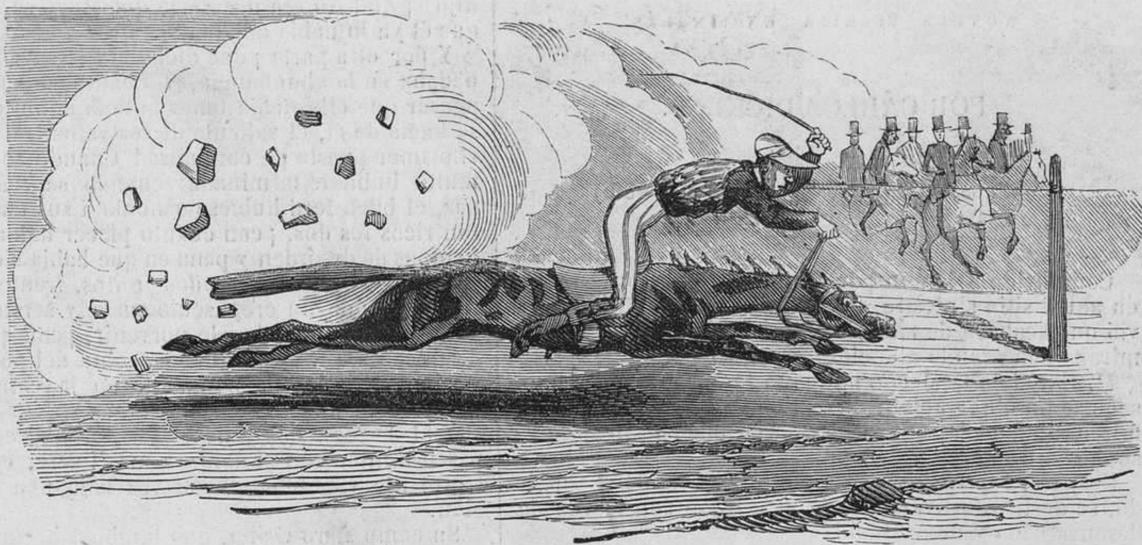


Un caballo prudente.

Lecciones, consejos y reflexiones sobre la mejora de la raza humana y caballar, á propósito de las carreras en 1871, por Cham.



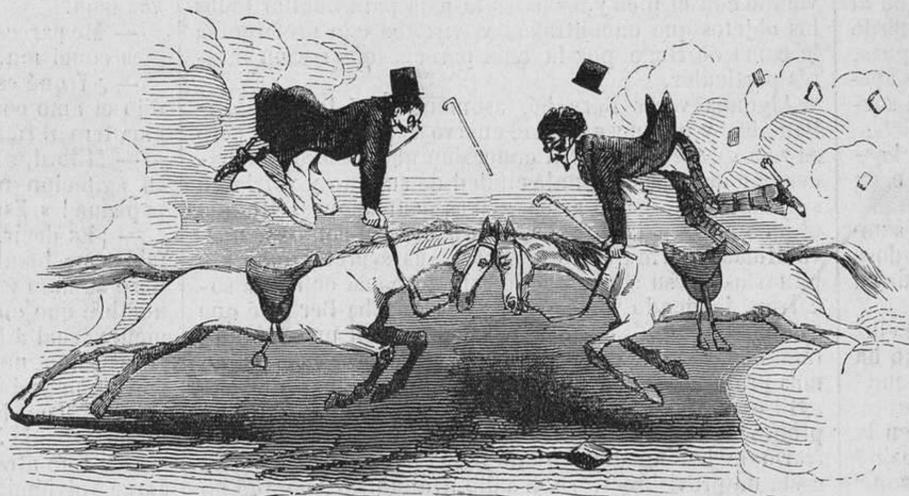
Lo que se llama agarrar la cuerda.



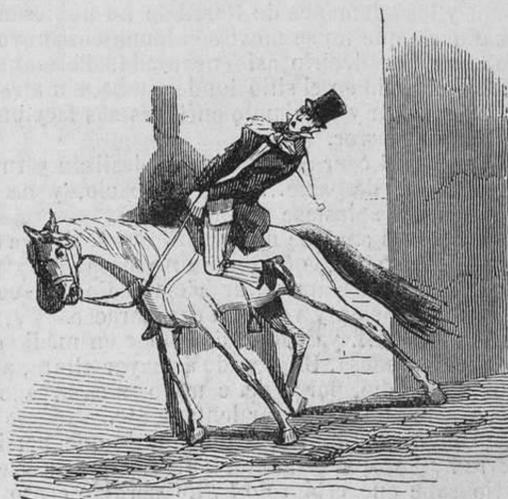
A cincuenta pasos del blanco un buen jockey debe entregar al animal á todos sus instintos.



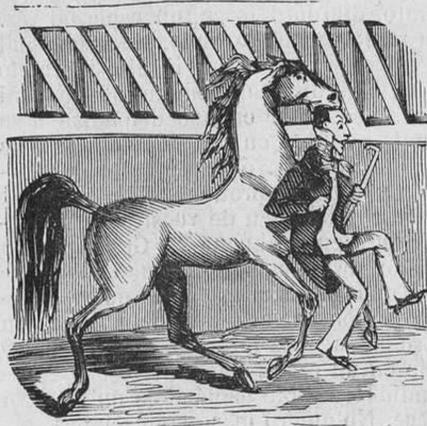
Un sportman que se enreda.



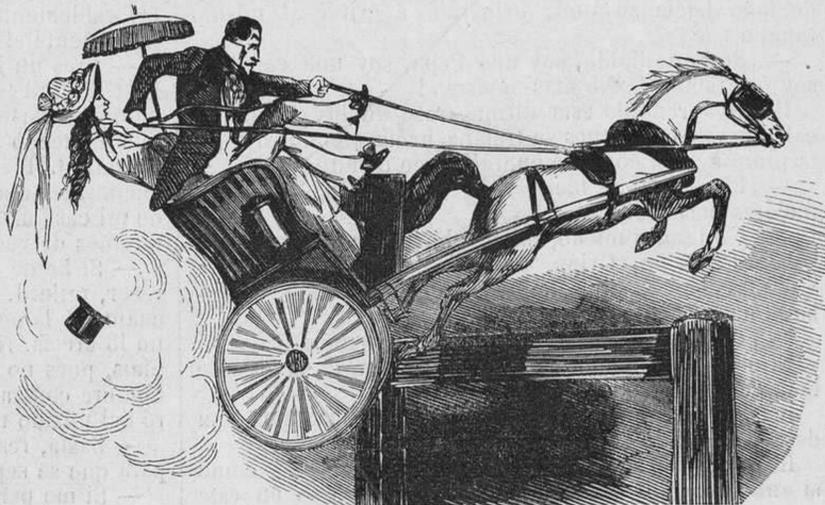
Dos sportmen cortos de vista.



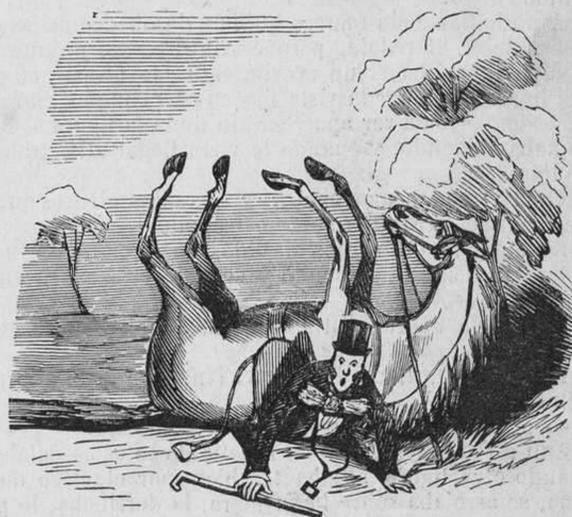
Un sportman cuyo caballo tiene una enfermedad cutánea que le obliga á rascarse en las paredes.



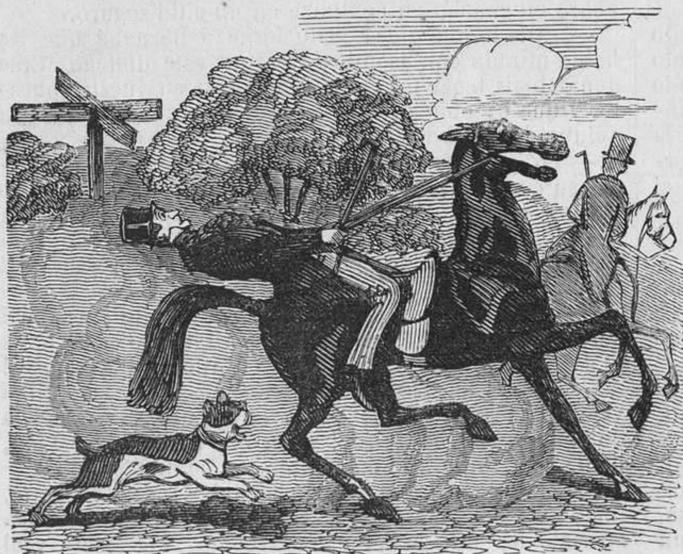
Modo familiar de llevar á un jinete.



Del peligro de enganchar á un caballo que tiene la costumbre de saltar los obstáculos en las carreras.



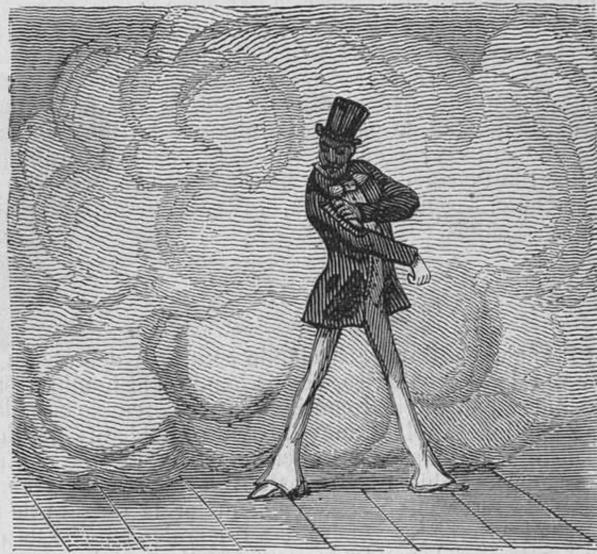
Posicion embarazosa.



Modo de abrir la boca al caballo.



Relacion de la carrera en lenguaje de turf. — Away, away! Predestinada, confianza, M. d'Ecoville, se lanzan: Tomate, Wagram, Drummer y Catinexfly siguen; á la first fands, Catinexfly off second fands. Predestinada vence Tomate, Wagram, etc. Third fands, Predestinada bouilly M. d'Ecoville y gana.



Lo que con toda seguridad gana el sportman en las carreras.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuación. -- Véase el número 980.)

Conmovido Salomon por el mas insignificante rumor en aquel sitio siniestro, fijó los ojos en M. Haredale, y vió que acababa de alzar la vista hacia la torre y que la miraba con grande atencion.

M. Haredale tapó con su mano la boca del sacristan, se puso en observacion, diciéndole en voz baja, con la mirada inflamada, que si no queria morir ni hablase ni se moviese.

Despues, reprimiendo el aliento y andando encorvado, se deslizó furtivamente en el torreón con la espada desenvainada y desapareció.

Aterrado al verse solo en medio de aquella escena de destruccion despues de lo que habia visto y oído aquella misma noche, Salomon le hubiera seguido si la expresion y los ademanes de Haredale no hubiesen tenido al mandar que no se moviese alguna cosa cuyo recuerdo le tenia por decirlo así encantado. Permaneció pues, como clavado en el sitio donde estaba, sin atreverse apenas á respirar y revelando en todas sus facciones la sorpresa y el terror.

Vuelven á caer cenizas que se deslizan y ruedan hasta el suelo, despacio... muy despacio, y caen, y caen como si las aplastase un pié furtivo.

Y despues aparece una figura que se dibuja en la sombra encaramándose tambien muy despacio y parándose con frecuencia para mirar hacia abajo, que continúa su difícil ascension y vuelve á desaparecer.

Pero vedla... ya vuelve á asomar en medio de una luz oscura y dudosa. Ha llegado á mayor altura, pero no ha subido mucho, porque el camino es escarpado y penoso, y solo puede avanzar lentamente.

¿Quién es el fantasma imaginario que persigue en la torre? ¿Por qué mira con tanta frecuencia hacia abajo? ¿No sabe que está solo? ¿Ha perdido acaso la razon? ¿Si irá á arrojarse de cabeza desde lo alto de la pared vacilante?

Salomon sentia desfallecerse en su terror, cruzaba las manos, sus piernas temblaban, y frio sudor inundaba su pálido rostro.

A no hallarse sin fuerzas hubiera desobedecido las órdenes de M. Haredale, pero era incapaz de pronunciar una palabra ó hacer un movimiento: lo único que podia hacer era tener la vista fija en el pequeño claro de luna donde iba á ver aparecer sin duda la figura si continuaba subiendo, y cuando le viera llegar allí, trataria de llamarle.

Caen y ruedan mas cenizas y tras ellas piedras que al llegar al suelo forman sordo estruendo.

Salomon tenia los ojos clavados en el claro de luna. La figura seguía subiendo y se veía su sombra en la pared.

¡Ah! ya aparece otra vez, vuelve el rostro... ¡allí está!

El sacristan, lleno de horror, lanzó un grito que penetró el aire.

— ¡Es el muerto! ¡es el muerto! exclamó.

Aun no habia acabado de repetir el eco estas palabras cuando otra figura pasaba tambien por el claro de la luna, se arrojaba sobre la primera, la derribaba, le ponía una rodilla en el pecho y le apretaba el cuello con ambas manos.

— ¡Malvado! gritó M. Haredale con voz terrible, porque era él, ¿luego eres tú el que, por una infernal astucia, te haces pasar á los ojos de los hombres como muerto y sepultado, pero que el cielo habia reservado para este día de venganza? Por fin, por fin te tengo, infame, cuyas manos están teñidas con la sangre de mi hermano y de su fiel servidor, á quien asesinaste despues para ocultar tu primer crimen. Rudge, asesino, monstruo de maldad, te prendo en nombre de Dios que acaba de entregarte en mis manos. No, no; aunque tengas la fuerza de veinte hombres como tú, añadió al ver que el asesino forcejaba, no te escaparás esta noche de mis manos.

LVII.

Bernabé continuaba haciendo centinela delante de la puerta de la caballeriza, con la bandera al hombro, paseándose con marcial continente y saboreando con placer el silencio y la tranquilidad de que habia perdido el hábito. Despues del torbellino de ruido y de confusion en que habia pasado los últimos dias, estaba contento de verse solo y apreciaba mejor la dulzura de la soledad y de la paz. Apoyado á intervalos en el asta de su bandera y abismado en sus fantásticas meditaciones, brillaba en todo su rostro una radiante sonrisa y solo cruzaban por su cerebro alegres visiones.

¿Creeis que no pensaba en ella, en la mujer que mas amaba en el mundo, en la pobre madre que habia hundido en un abismo de amarga afliccion? ¡Oh! sí; ella

ocupaba el centro de sus mas brillantes esperanzas y de sus reflexiones mas orgullosas; ella era la que iba á gozar de todo el honor, de toda la distincion de su hijo... Honra y provecho, todo era para ella.

¿Qué gozosa estará cuando oiga hacer elogios de su hijo! ¡Ah! No era necesario que Hugo se lo dijese, porque él ya lo habia adivinado.

Y por otra parte ¿qué dicha era la suya sabiendo que nadaba en la abundancia, y cuánto se enorgullecia al pensar que ella debia tener noticia del alto aprecio que se hacia de él, el valiente de los valientes, honrado con el primer puesto de confianza! Cuando todo aquel tumulto hubiese terminado, cuando se restableciera la paz, el buen lord hubiese vencido á sus enemigos y fueran ricos los dos, ¿con cuánto placer hablarían de estos tiempos de desórden y pena en que habia sido un héroe! Cuando estuvieran sentados juntos, frente á frente, al resplandor de un crepúsculo suave y sereno, sin tener ya recelo alguno sobre lo porvenir, ¿con qué gusto podria decirle que su ventura era obra del pobre Bernabé, y cómo le daría una palmadita en la cara riéndose y diciendo: ¿Aun soy un imbecil?

Y al hacer estas reflexiones Bernabé continuaba su paseo militar con el corazon mas ligero, con paso mas triunfante y entonando en voz bajo una antigua cancion.

Su compañero Gripp, que tambien hacia centinela, á pesar de ser tan aficionado á tomar el sol, en vez de disfrutar de sus propicios rayos, preferia pasearse y escudriñar por la caballeriza. Estaba muy atareado revolviendo con el pico y las patas la paja para ocultar todos los objetos que encontraba, y visitaba con preferencia la cama de Hugo por la cual parecia tomarse un interés particular.

Algunas veces Bernabé, asomándose á la puerta, le llamaba, y entonces salía el cuervo dando saltitos; pero se veía que era una mera concesion que creia deber hacer por lástima á la imbecilidad de su amo y volvía en seguida á entregarse á sus graves ocupaciones. Hundía el pico en la paja, miraba, cubria el sitio como si, nuevo Midas, murmurase á la tierra sus secretos para sepultarlos en su seno, y todo esto lo hacia con aire so-carron, haciendo ver cada vez que pasaba Bernabé que estaba mirando las nubes ó el techo, y en una palabra, tomando bajo todos conceptos un aspecto mas grave, mas profundo y mas misterioso que de costumbre.

El día avanzaba, y Bernabé, á quien la consigna no prohibia comer y beber en la puerta, pues por el contrario le habian dejado una botella de cerveza y una cesta de provisiones, se decidió á almorzar, porque no habia tomado nada desde la mañana. Se sentó en el suelo delante de la puerta y colocándose la bandera sobre las rodillas, para no perderla en caso de alarma ó de sorpresa, invitó á Gripp á acompañarle en su banquete.

El pájaro inteligente no se hizo de rogar, y saltando de lado hacia su amo, principió á gritar al mismo tiempo:

— ¡Soy un diablo, soy una Pepa, soy una cafetera, soy protestante! ¡No mas papismo!

Habia aprendido esta última frase de los excelentes caballeros con quienes se trataba hacia algunos dias, y la pronunciaba con una energía poco comun.

— ¡Bien, Gripp, bien! dijo su amo eligiéndole los mejores bocados.

— ¡No tengas miedo, muchacho! ¡Coa! ¡coa! ¡coa! ¡Valor! ¡Gripp, Gripp, Gripp! ¡Hola! queremos té. Soy una cafetera protestante. ¡No mas papismo! gritaba el cuervo.

— ¡Gripp, viva Gordon! le decía Bernabé.

El cuervo, torciendo la cabeza, miraba á su amo de lado como diciéndole: « Repítemelo. »

Bernabé, que habia comprendido perfectamente su deseo, le repitió la frase varias veces.

El pájaro le escuchó con profunda atencion; y como si antes de elevar la voz quisiera ensayarse en este nuevo ejercicio, repitió algunas veces en voz baja aquel grito popular; despues lo hizo batiendo las alas y chillando, y despues en fin, como en medio de su desesperacion, sacando una infinita multitud de estrepitosos tapones con extraordinaria obstinacion.

Bernabé estaba tan ocupado con su pájaro favorito que no vió á dos jinetes que se dirigian hacia el punto que tenia obligacion de custodiar. Sin embargo, cuando estuvieron á unos cien pasos, los vió, y poniéndose inmediatamente en pié, mandó á Gripp que entrase en la caballeriza, tomó con ambas manos la bandera, y permaneció inmóvil esperando que pudiera reconocer si eran amigos ó enemigos.

Casi al mismo tiempo vió que de aquellos dos jinetes el uno era el amo y el otro el criado. El amo era precisamente lord Jorge Gordon, ante el cual se presentó con la cabeza baja y los ojos fijos en el suelo.

— Dios os guarde, amigo mio, dijo lord Jorge. ¿Qué novedad hay?

— Todo está tranquilo, señor, todo va bien, respondió Bernabé. Los otros han partido, se han ido por allí. Eran muchos.

— ¿Y vos? dijo lord Jorge mirándole con severidad.

— ¡Oh! me han dejado aquí de centinela... para hacer guardia... para cuidar de esta casa hasta su regreso, y lo haré, señor, por lo mucho que os aprecio. Sois un buen caballero... un excelente caballero. Teneis muchos contrarios, es verdad, pero pronto los vencereis; no temais.

— ¿Qué es eso? dijo lord Jorge designando el cuervo que miraba con un ojo desde la puerta de la caballeriza. Pero al hacer esta pregunta continuaba mirando á Ber-

nabé con ademan pensativo, y segun parecia, con cierta inquietud.

— ¡Cómo!... ¿no lo sabeis? respondió Bernabé riendo. ¡No saber lo que es! En primer lugar es un pájaro, mi pájaro, mi amigo Gripp.

— ¡Un diablo, una cafetera, Gripp, Pepa, un protestante, no mas papismo! gritó el cuervo.

— No extraño que me preguntéis lo que es, añadió Bernabé pasando la mano sobre el cuello del caballo de lord Jorge, porque muchas veces ni yo mismo lo sé, y es preciso que esté muy familiarizado con él para saber que no es un pájaro. Gripp es mas bien para mí un hermano, y siempre está conmigo alegre, divertido, servicial... ¿No es verdad, Gripp?

El pájaro respondió con un graznido amistoso, y saltando sobre el brazo de su amo, se dejó acariciar con ademan de completa indiferencia, moviendo su ojo movable y curioso, ora hacia lord Jorge, ora hacia su criado.

Lord Jorge se mordió las uñas con expresion de desagrado, miró á Bernabé en silencio durante algunos momentos, y despues indicó á su criado con la mano que se acercase.

Juan Grueby se llevó la mano al sombrero y se acercó.

— ¿Habeis visto ya á este jóven? le preguntó su amo en voz baja.

— Dos veces, milord, dijo Grueby. Le ví entre la multitud ayer noche y el sábado.

— Lo pregunto porque... ¿No le parece que tiene una expresion particular, extraña? continuó lord Jorge en voz baja.

— Me parece que es loco, respondió Grueby con enérgica concision.

— ¿Y qué es lo que te induce á creer que es loco? le dijo el amo con tono de despecho. Veo que haces juicios temerarios. ¿Por qué crees que es loco?

— Milord, no hay mas que mirar su traje, sus ojos y su agitacion nerviosa; basta oírle gritar: « ¡No mas papismo! » Está loco, milord, está loco.

— ¡Es decir, que segun tu parecer, ha de ser loco por fuerza un hombre que no se viste como los demás, repuso su amo encolerizado mirándose su propio traje, un hombre que no es por su porte y sus maneras exactamente igual á las demás, un hombre que no abraza con entusiasmo una causa que no abandonan las gentes corrompidas é irreligiosas!

— Es loco, loco rematado, loco de atar, respondió el imperturbable Juan Grueby.

— ¿Y te atreves á decirme en la cara? gritó lord Jorge volviéndose rápidamente hacia su criado.

— Se lo diría á cualquiera que me lo preguntara.

— Veo, dijo lord Jorge, que M. Gashford tiene razon. Creia que era efecto de sus preocupaciones, y me arrepiento, porque debia haberme figurado que no era capaz de tan bajos sentimientos.

— Sé muy bien que M. Gashford no hablará nunca favorablemente de mí, repuso Grueby tocándose respetuosamente el sombrero, pero me importa muy poco.

— Eres un ingrato, dijo lord Jorge, un espía tal vez. M. Gashford tenia razon; ya no lo dudo. He hecho mal en conservarte á mi servicio; es un insulto indirecto que he hecho á un amigo digno de todo mi afecto y mi confianza. Bien me lo sospeché cuando defendiste á su enemigo el día que le maltrató en Westminster. Saldrás de mi casa esta misma noche... ó mas bien cuando estaremos de vuelta. Cuanto mas pronto será, mejor.

— Si he de partir, soy tambien de vuestro mismo parecer, milord. ¡Triunfe enhorabuena M. Gashford! En cuanto á la acusacion de espía, milord, me consta que no lo creéis. No sé qué sospecha es esa de que me hablais, pues no hice entonces mas que defender á un hombre contra doscientos, y os juro que siempre obraré del mismo modo en un caso igual.

— Basta, respondió lord Jorge haciéndole un ademan para que se separase. No quiero mas explicaciones.

— Si me permitis añadir dos palabras, milord, quisiera dar un consejo á este pobre imbecil, y es que no esté por mas tiempo aquí solo. La proclama ha circulado ya por muchas manos, y todo el mundo sabe que está comprometido en el negocio. Haria muy bien el pobre muchacho en ocultarse en un sitio seguro.

— ¿Oís lo que dice? gritó Jorge á Bernabé que les habia mirado con asombro durante este diálogo. Cree que debiais tener miedo de continuar en vuestro puesto, y que os obligan á estar aquí tal vez contra vuestra voluntad. ¿Qué decís á eso?

— Lo que creo, pobre jóven, dijo Grueby para explicar su consejo, es que los soldados pueden venir á prendernos, y que indudablemente en tal caso os colgarán del cuello hasta que estéis muerto, ¿oís? Creo por lo tanto que lo mas prudente seria que huyérais de aquí cuanto antes.

— Es un cobarde, Gripp, un cobarde, dijo Bernabé á su cuervo, dejándolo en el suelo y tirándose hacia atrás el sombrero. ¡Que vengan! ¡Viva Gordon! ¡Que vengan!

— Sí, dijo lord Jorge, que vengan, que se atrevan á venir á atacar un poder como el nuestro, la santa liga de todo un pueblo. ¡Ah! ¿con que es un loco? Bien, bien. Estoy orgulloso mandando tan sublimes locos.

Al oír estas palabras, Bernabé, rebosando de alegría, tomó la mano de lord Jorge, se la llevó á los labios, acarició las crines del caballo como si el afecto y el amor que le inspiraba el amo se extendiesen tambien hasta el animal, desplegó la bandera, la hizo ondear con solemnidad y volvió á pasearse por delante de la puerta.

Lord Jorge con la mirada radiante y el rostro animado, se quitó el sombrero, lo agitó sobre su cabeza, y se

despidió del idiota con entusiasmo. Después partió al trote, volviendo el rostro enfurecido para ver si le seguía su criado.

El buen Grueby espolé el caballo para alcanzar á su amo, después de invitar nuevamente á Bernabé á que se retirase por medio de signos repetidos, que no eran nada equívocos, pero á los cuales se resistió el idiota resueltamente hasta que los dos jinetes desaparecieron en un ángulo del camino.

Hallándose solo otra vez, mas enorgullecido que nunca del puesto que le habían confiado, y lleno además de entusiasmo al pensar en el aprecio particular de su jefe, Bernabé se paseaba en medio del éxtasis de un sueño delicioso que le embargaba aun estando despierto.

Los rayos del sol que tenía enfrente habían penetrado en su alma.

Solo faltaba una cosa á su dicha. ¡Ah! ¡si pudiera verle *ella* en aquel momento!...

El día declinaba, y el calor principiaba á ceder el puesto al frescor de la tarde. El leve viento que soplaban de Occidente mecía sus cabellos y hacía estremecer blandamente su bandera. En aquel murmullo glorioso y en la calma del cielo y de la tierra había como un hálito fresco y libre en armonía con sus sentimientos. Nunca había sido tan dichoso.

Estaba pues apoyado en su bandera, mirando el sol que se ocultaba y pensando con una inefable sonrisa en que estaba de centinela para custodiar el oro enterrado en la caballeriza, cuando vió á lo lejos tres ó cuatro hombres que se dirigían con paso rápido hácia la casa y que indicaban con la mano á los que estaban dentro que se retiraran para salvarse de un peligro inminente. A medida que se acercaban, sus ademanes y gestos eran mas expresivos, y cuando estuvieron á cierta distancia desde donde podía oírse su voz dijeron que llegaban los soldados.

Al oír estas palabras Bernabé plegó la bandera en el asta. Su corazón latía con violencia, pero no pensaba en retirarse y lo mismo tenía miedo él que su bandera.

Los transeúntes oficiosos que le habían avisado, se apresuraron después de anunciarle el peligro que corría á entrar en la casa donde difundieron con su llegada el desorden y la alarma.

Todos principiaron entonces á cerrar puertas y ventanas, haciéndole signos con instancia para que huiese sin perder tiempo, y repitieron varias veces este aviso; pero por toda respuesta irguió la cabeza con expresión indignada y continuó firme en su puesto. Viendo pues que no había medio de persuadirle, solo pensaron en su propia seguridad, y huyeron de la casa donde dejaron á una pobre anciana alzando al cielo las manos con desesperación.

Hasta entonces nada anunciaba que el temor producido por esta noticia no fuese imaginario; pero apenas habían transcurrido cinco minutos después de la evacuación de la taberna de la *Cuba*, cuando se vieron aparecer al través de los campos algunos hombres en movimiento, y por el brillo de sus armas y de su uniforme que relucía al sol, y por su marcha acompasada y contenida, porque avanzaban como un solo hombre, era fácil reconocer que eran... soldados.

Bernabé conoció al momento que era una numerosa partida de guardias de infantería, con dos caballeros con traje de paisano á su cabeza y una pequeña escolta de caballería.

Avanzaban resueltamente sin acelerar el paso al acercarse, sin dar un grito y sin manifestar la menor emoción ni inquietud.

Bernabé reconoció desde luego que eran soldados, pero aquel orden invariable tenía un aspecto singular é imponente para un hombre acostumbrado al estruendo y al tumulto de un populacho indisciplinado. No obstante, continuó resuelto á defender la puerta y les esperó con marcial continente.

Llegaron al patio de la taberna donde hicieron alto.

El oficial que los mandaba envió un ordenanza á los jinetes que volvió con uno de ellos. Dijóle al llegar algunas palabras, y dirigieron ambos una mirada á Bernabé, que reconoció en el jinete al que había desmontado en Westminster, cuya aparición le causó el mayor asombro. El jinete volvió adonde estaban sus compañeros á algunos pasos mas allá, después de hacer el saludo militar á su jefe.

El oficial gritó entonces: « ¡Carguen! »

Bernabé, á pesar de la cruel seguridad de que se hacían por él aquellos preparativos, no pudo menos de oír con cierto placer el ruido de las culatas en el suelo y el sonido metálico de las baquetas en los cañones de los fusiles.

Después de algunas otras voces de mando, los soldados se desplegaron en una sola fila y cercaron todo el edificio á unos diez pasos de distancia. Al menos Bernabé no contó mas entre él y los soldados que tenía enfrente.

Los jinetes permanecieron sin moverse á retaguardia.

Los dos señores vestidos de paisano que se habían quedado aparte avanzaron á caballo llevando en medio de ellos al oficial.

Uno de estos señores sacó del bolsillo el bando y lo leyó.

El oficial intimó entonces á Bernabé que se rindiera.

En vez de contestar, se colocó en el umbral de la puerta y cruzó la bandera para defenderse.

Después de un momento de profundo silencio el oficial le intimó la rendición por segunda vez.

Tampoco contestó, y entonces tuvo que hacer un esfuerzo para dirigir los ojos á todos lados hácia una me-

dia docena de adversarios que fueron á colocarse inmediatamente enfrente de él, antes de fijarlos en el que debía herir de preferencia cuando le acometiesen. Encontró los ojos de uno de ellos en el centro de la línea, y resolvió descargar el primer golpe contra él aunque debiera perder la vida.

Reinó otro intervalo de silencio, y el oficial le intimó por tercera vez la rendición.

Un momento después retrocedía, y desde la caballeriza repartía golpes á derecha é izquierda como un rabioso.

Dos de sus enemigos estaban tendidos á sus pies, y el que había elegido por víctima había caído en efecto el primero.

Bernabé estaba en su juicio cabal, porque lo advirtió en medio del tumulto y la animación de la lucha.

No obstante, al tercer golpe cayó al suelo herido de un culatazo y perdió el sentido.

Cuando volvió en sí se hallaba prisionero y oyó un grito de sorpresa del oficial.

Gripp, después de haber trabajado en secreto toda la tarde con inexplicable ardor, mientras todo el mundo estaba ocupado en otras cosas, había separado la paja de la cama de Hugo y removido con su pico de hierro la tierra recientemente excavada, dejando al descubierto un agujero donde se veían cucharillas y candeleros de oro, cálices y candelabros de plata, guineas... en una palabra, un verdadero tesoro.

Trajeron un saco y palas, desenterraron todo lo que había en el agujero descubierto por el cuervo y sacaron la carga al menos de dos hombres.

A Bernabé le quitaron cuanto tenía después de atarle los brazos á la espalda y de registrarle detenidamente.

Nadie le dirigió una sola pregunta ni la menor queja, ni nadie manifestó por él lástima, rencor ni curiosidad.

Los soldados que había derribado fueron conducidos por sus compañeros con el mismo orden y la misma indiferencia que había presidido á todo lo demás.

Finalmente, se le dejó bajo la custodia de cuatro soldados con bayoneta calada en tanto que el oficial dirigía en persona una pesquisa general en la casa y en las caballerizas.

Esta pesquisa duró poco rato. Los soldados volvieron á formar en el patio, colocaron entre filas á Bernabé, y á la voz de mando de « ¡Marchen! » se alejaron con su prisionero.

Cuando penetraron en las calles, Bernabé advirtió que era objeto de curiosidad para todo el mundo, y en su rápida marcha pudo ver que se asomaban muchas cabezas á las ventanas. De vez en cuando distinguía la cara de un curioso por encima de la cabeza de los guardias que le rodeaban, por debajo de sus brazos, sobre un carro ó en el pescante de un coche, pero era lo único que podía distinguir en medio de su numerosa escolta. Hasta los rumores de la calle parecían venidos ó atados como él, y el aire que respiraba era fétido y caliente como las bocanadas que se exhalan de un horno.

— ¡Marquen el paso! ¡Atencion! ¡Flanco izquierdo á la derecha! ¡Paso redoblado!

Estas voces de mando se ejecutaban con orden y regularidad sin que ninguno de los soldados le mirase y como si de él se hubiesen olvidado.

No podía creer que estuviera preso, y sin embargo era muy cierto y no había necesidad de que se lo dijeran, porque sentía el dolor que las cuerdas le causaban en los brazos y veía los fusiles cargados sobre su cabeza con las bayonetas frías, brillantes y afiladas que le amenazaban. El aspecto del acero le helaba la sangre en las venas.

LVIII.

No tardaron mucho en llegar al cuartel, porque el oficial que mandaba la partida quería evitar la excitación del pueblo con un lujo inusitado de fuerza militar por las calles, y por otra parte, por un sentimiento de humanidad, deseaba dar la menor tentación posible á la multitud de intentar alguna rebelión para arrancar de sus manos al preso, estando muy convencido de que esto no dejaría de ocasionar una efusión de sangre fatal, y de que si las autoridades civiles que le acompañaban le autorizaban para mandar hacer fuego á sus soldados, la primera descarga heriría ó mataría á un gran número de ociosos inocentes, víctimas de su necia curiosidad. Hizo pues marchar á su tropa á paso redoblado, evitando con laudable prudencia las calles mas concurridas y las enercujadas, y tomando con preferencia el camino que creía menos infestado por los partidarios del desorden.

Merced á estas prudentes precauciones, no tan solo pudieron volver á sus cuarteles sin obstáculo, sino que frustraron el proyecto de una cuadrilla de insurgentes que se habían reunido en una de las calles principales por donde creían que debía pasar la tropa, y en la cual permanecieron mucho tiempo esperando para libertar á Bernabé, después que los soldados le habían dejado ya en sitio seguro y habían cerrado las puertas del cuartel y reforzado las guardias para asegurar su defensa.

El pobre Bernabé fué encerrado en el cuerpo de guardia, donde no había mas que una nauseabunda atmósfera de tabaco y un tablado para servir de cama de campaña á unos veinte hombres.

Algunos soldados en mangas de camisa cruzaban de un lado á otro, ó comían en sus fiambresas. Se veían uniformes colgados de una hilera de palos salientes á lo largo de la pared blanqueada con cal, y una media do-

cena de hombres acostados en el tablado durmiendo y roncando á coro como unos bienaventurados.

Apenas había tenido tiempo para hacer estas observaciones cuando le sacaron de allí para trasladarle al través del campo de maniobras á otra parte del edificio.

En semejante situación, una sola mirada basta para hacer ver muchas cosas que exigirían un examen mas detenido en un momento menos crítico. Podría apostarse ciento contra uno á que si Bernabé hubiera curioseado en plena libertad desde la puerta, habría salido de allí con una idea muy imperfecta de la localidad y que se hubiese olvidado de todo muy pronto. Pero nada se escapó á su observación al cruzar con los brazos atados por aquel campo cubierto de arena donde hacía el ejercicio el regimiento. El aspecto seco y árido de aquella plaza polvorienta y del edificio de ladrillos con toda su desnudez; los hombres en mangas de camisa agrupados unos sobre otros; las prendas de ropa colgadas en algunas ventanas; las celosías verdes de los pabellones de los oficiales con una hilera de árboles raquíticos delante; los tambores estudiando en un patio lejano; las cuartas de compañía haciendo el ejercicio y repitiendo en voz alta las voces de mando: « ¡Una! ¡dos! ¡tres! » les dos soldados que al pasar cargados de provisiones, miraron de reojo á Bernabé é hicieron con la mano un ademán al través de la yugular sin pronunciar una sola palabra, triste augurio para el preso; el petulante sargento que se paseaba con su vara y la cartera de cuero debajo del brazo; los soldados que en el piso bajo estaban ocupados en cepillar y bruñir los uniformes y las armas, que se paraban para mirar y hablaban á un tiempo, haciendo resonar con sus ruidosas voces los ecos de los largos corredores y de las sonoras galerías; todo, hasta el armero del cuerpo de guardia y el tambor colgado en un rincón de su cinturón blanqueado, se grabó en su mente como si hubiera pasado por allí mas de cien veces ó hubiera estado un día entero con ellos, en vez de aquel minuto de observaciones hechas corriendo.

Le condujeron á un pequeño aposento enlosado, y abrieron una gran puerta forrada de hierro, con algunos agujeros á cinco pies del suelo para dejar penetrar el aire y la luz. Era el calabozo, donde le introdujeron al momento.

Después cerraron la puerta por fuera, colocaron delante un centinela y abandonaron al idiota á sus reflexiones.

Aquella bodega ó calabozo, según el letrado escrito sobre la puerta, era muy sombría, y como el último que la había ocupado era un desertor borracho, no estaba muy aseada. Bernabé buscó á tientas un montón de paja en el fondo, y mirando hácia la puerta, trató de habituarse á la oscuridad, lo cual no era fácil saliendo de la claridad del sol de una hermosa tarde de verano.

Delante de la puerta había una especie de pórtico ó columnata que interceptaba la escasa luz que á duras penas hubiera podido abrirse paso por las pequeñas aberturas practicadas en la puerta. Los monótonos pasos del centinela resonaban con rumor acompasado en las losas, recordando á Bernabé que una hora antes estaba haciendo él también centinela, y cada vez que el soldado pasaba y volvía á pasar por delante de la puerta, su sombra oscurecía de tal modo el calabozo que cuando había pasado parecía que asomaba el día; era como una nueva aurora.

Cuando el preso hubo permanecido algún tiempo sentado en la paja mirando los agujeros de la puerta y escuchando los pasos cercanos ó lejanos del centinela, el soldado se paró y descansó el arma en el brazo.

Bernabé que no tenía bastante prevision para reflexionar sobre la suerte que podía caberle, había sido mecido en una especie de sueño infantil por el paso regular del centinela, pero cuando este se paró advirtió que había dos hombres en conversación bajo el pórtico cerca de la puerta del calabozo.

Le era imposible decir si hacía mucho rato que estaban allí hablando, porque se había abismado en un estado de apatía en el que había olvidado completamente su posición real, y en el momento en que oyó el ruido de la culata del centinela en el suelo, estaba á punto de contestar en voz alta á una pregunta que le hacía Hugo. ¿Por qué? ¿sobre qué punto iba á contestarle? Aunque tenía la respuesta en los labios al despertarse, no se acordaba ya de nada.

Las primeras palabras que llegaron á su oído fueron estas:

— ¿Por qué le han traído aquí si han de sacarle al momento?

— ¿Y adónde queríais que le llevaran? ¿Creéis que puede estar mas seguro en ninguna otra parte? ¿Queréis que le entregasen á una turba de cobardes que tiemblan como las hojas en el árbol á la menor amenaza de esa canalla?

— En efecto, es cierto.

— ¡Si es cierto! Quisiera, Tomás Green, ser capitán en vez de sargento, y que me dieran á mandar dos compañías... no pediría mas que dos compañías de mi regimiento. Que me llamasen entonces para apaciguar el motín, que me dieran carta blanca y media docena de cartuchos con bala...

— ¿Y creéis que eso es posible? dijo la otra voz. ¿Se os figura que os darian carta blanca? Veamos, si el magistrado no quiere dar autorización ¿qué queréis que haga el oficial?

Esta dificultad pareció confundir al sargento que salió del apuro enviando noramala todos los magistrados

(Se continuará.)

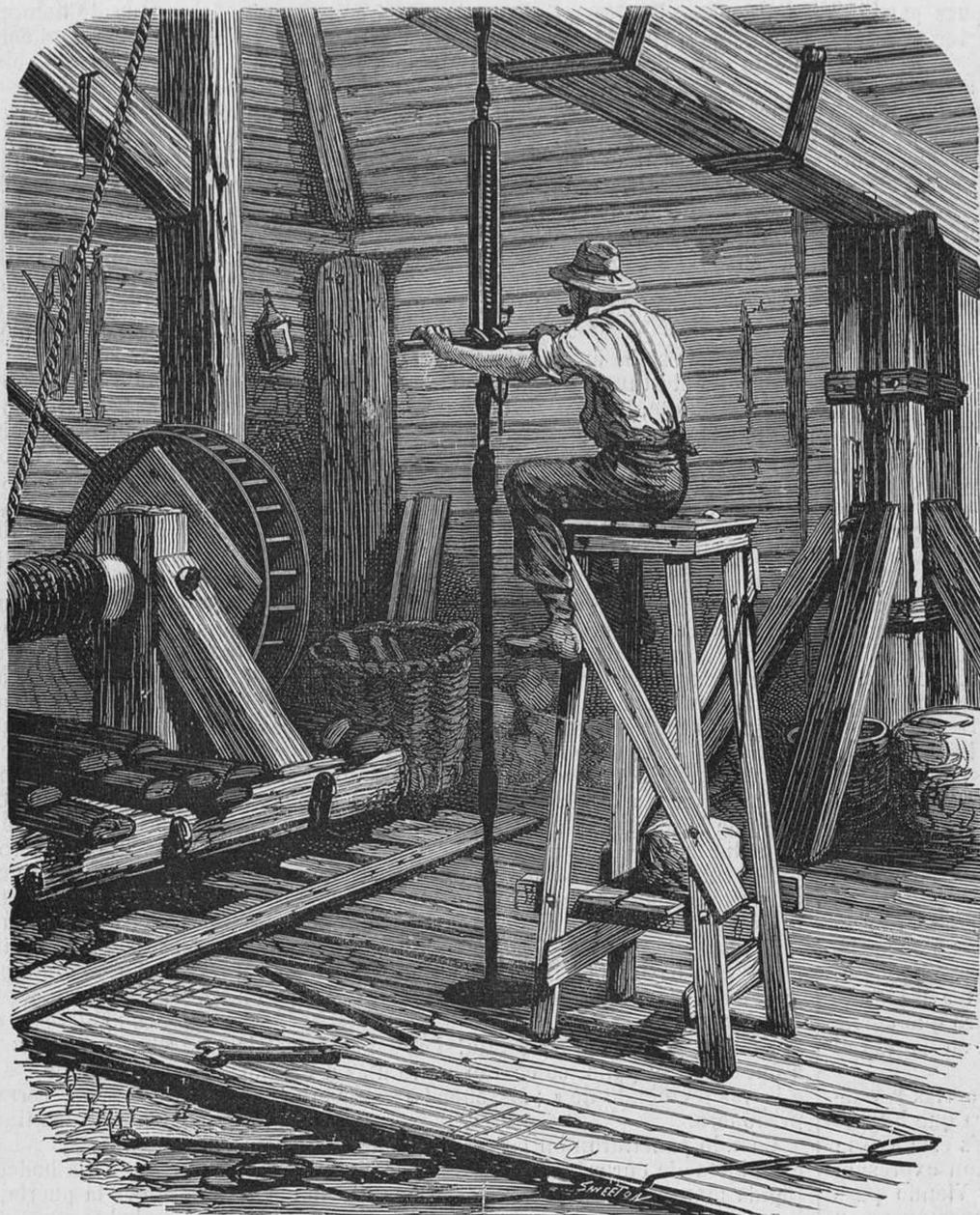
El país del petróleo.

(Véase el número 973.)

El *Oil-Dorado*, como denominan por ironía la región del aceite, ha venido á ser un centro de atracción para millones de ojos que están lejos. La marcha de los años, las victorias de los generales, son cosas de importancia secundaria, comparadas con las fluctuaciones de los *stocks* de aceite y el producto de los pozos. Lo mismo en Nueva York que en Filadelfia y en Boston, no se oye hablar mas que de petróleo y la *fiebre del aceite* ha cundido rápidamente por el país.

No nos estrañe. En medio de la sociedad fashionable que vive espléndidamente y gasta dinero con una prodigalidad oriental, se encuentran hombres que hace dos años se morían de hambre y de miseria, y cuyas rentas igualan hoy á las fortunas de los mas antiguos *principes del comercio*. Puesto que han podido enriquecerse tales hombres, se dice el público, ¿por qué no se enriquezcan otros? Y dicho esto, ponen manos á la obra, de cuyo modo todo el mundo anda hoy metido en el aceite.

Solo en Nueva York se cuentan mas de doscientas compañías de petróleo, y en Filadelfia su número es mayor todavía. Los pozos de petróleo, los beneficios sobre el petróleo, las existencias de petróleo, son objeto de todas las conversaciones, y hasta las señoras suspenden su admiración en presencia de un vestido ó un sombrero, para discutir las ventajas



El país del petróleo. — Modo de abrir los pozos.

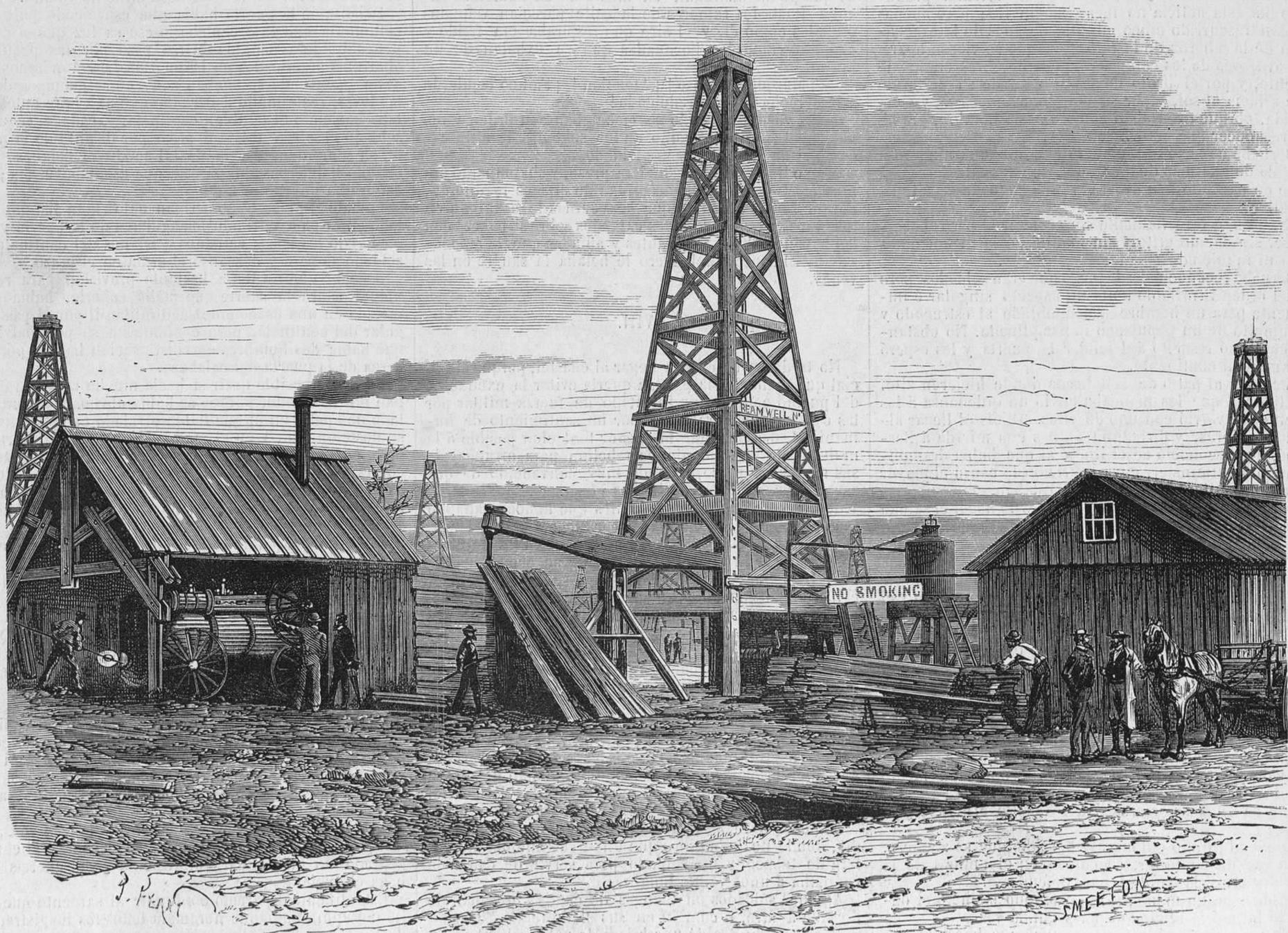
de una nueva compañía de aceite, ó para escuchar las últimas noticias de Oil-Creek.

La comarca que atraviesa el ferrocarril aparece llena de pintorescos paisajes y de abrupta grandeza.

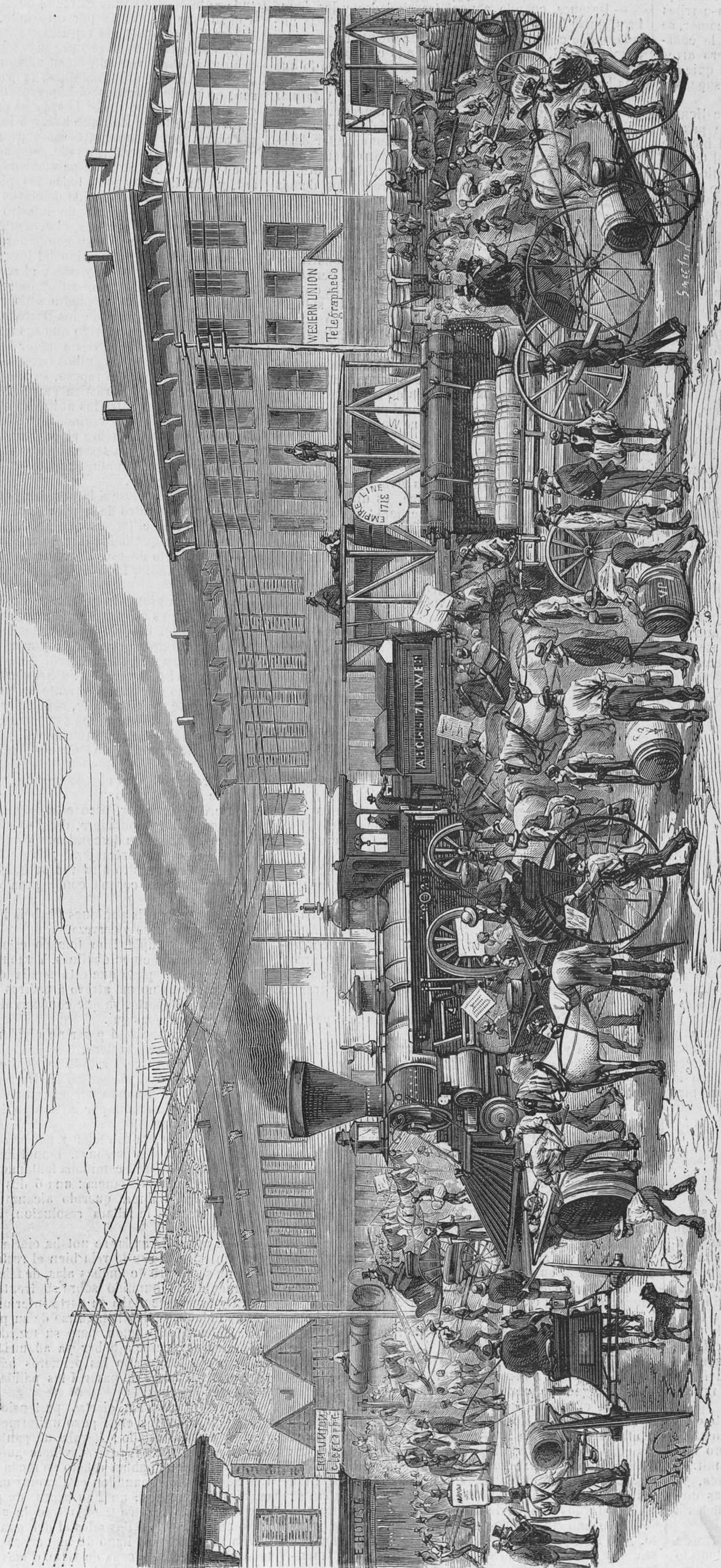
Después de haber salido de Salamanca, en cuyo punto el Atlantic-and-Great-Western se dirige hacia el Oeste, se conoce ya la influencia de la nueva empresa en todo el territorio. Las selvas caen bajo el hacha del leñador, y en su lugar se improvisan campos de labranza. En todas las alturas hay caseríos, y en muchos puntos á lo largo de la línea se fundan poblaciones.

Al cabo de una caminata de veinte horas llegamos por la tarde á Corry, punto de partida para la región de los aceites; pero que no es la vía ordinaria de los viajeros procedentes del Este. La proximidad de los valles aceiteros se hace ya sentir. En los numerosos tracks laterales, vemos inmensos trenes cargados de negros barriles grasientos y llenos de petróleo con dirección al Este, y otros trenes cargados con maquinillas de vapor en camino para Oil-Creek, donde trabajan en abrir la tierra para sacar las grasas riquezas que contiene. El crecido número de esas máquinas que puede ver en los trenes de flete por el camino de Nueva York, fué para mí un indicio seguro del futuro desarrollo de las regiones del petróleo.

La historia de Corry, si puede decirse que una ciudad nacida ayer tiene historia, es también una prueba del influjo del comercio de petróleo en la comarca. Hace dos años el terreno en donde el pueblo está situado era un frondoso bosque sin una sola casa, sin la menor señal de civilización,



Aspecto exterior de una explotación.



El país del petróleo. — Una calle de Oil-City, la ciudad del aceite, en Pensilvania (Estados Unidos).

salvo el nuevo railway que cruzaba. En el día es una población activa, llena de movimiento, que cuenta 4,000 habitantes, todos ellos en camino de hacerse ricos. La creación y el desarrollo de este pueblo se deben exclusivamente al petróleo. Una inmensa refinería que trabaja sobre 300 barriles de aceite bruto al día, se levanta á uno de los lados del ferro-carril, en tanto que por la otra parte se elevan enormes montones de barriles de petróleo, depositados allí por el ferro-carril de Oil-Creek para el trabajo.

Los habitantes del pueblo se hallan tan absorbidos en el servicio del rey Petróleo, que no tienen tiempo para ocuparse en ninguna otra cosa. Algun día, cuando tengan ratos de ocio, pensarán probablemente en trazar calles. Lo que es por ahora se contentan con cortar troncos de árboles á la altura de dos ó tres piés del suelo, y plantan casas encima á su antojo y conveniencia.

Muchos pasajeros entraron en el tren en aquella estacion, hombres inteligentes, de mirada febril y de conversacion muy animada. Volvian de Oil-Creek y hablaban del aceite, de los pozos que brotan espontáneamente, de los que necesitan bomba, de los que producen mil barriles, de los que dan ciento, etc., etc. Hablaban de ventas de tierras y de ventas de pozos, y de precios magníficos, centenares de miles de dollars. Y nadie parecia asombrarse al oírlos, tanto se habia hablado ya en todas partes de las inmensas y rápidas fortunas que se realizan en la region de la Pensilvania que contiene el petróleo.

II.

A eso de las cinco de la tarde llegamos á Meadville, á 460 millas de Nueva York.

Allí dejé yo el tren que continuó hacia el Oeste, con la idea de descansar y refrescarme antes de bajar á los lugares en donde las piedras chorrean grasa. Aprovecho el alto para hacer una corta digresion acerca de los *buffets* de los ferro-carriles americanos en general y en particular de los buffets y del hotel del Great-Western.

Regla general: en los caminos de hierro americanos cuando un tren se detiene en una estacion donde hay buffet, se anuncia una parada de veinte minutos; y los viajeros se precipitan sobre una plataforma ó en el lodo, al ruido de las campanas y de los mugidos de los gongs chinoscos que tocan con furia sin igual los negros de la fonda. Ensoberado por sonidos tan discordantes, el desdichado viajero busca por todas partes el comedor y distingue una media docena de negritos á las puertas de otros tantos comedores, pegando sobre los gongs con el frenesí que hemos dicho. Despues de haber elegido una de aquellas salas, el viajero entra, devora un plato mal sazonado, desdeña los pastelillos desdeñados ya por los viajeros de otros muchos trenes, y al cabo de diez minutos oye gritar: ¡A los wagones!

Todos los que han viajado en América pueden dar fe de lo que digo.

En Meadville sucede otra cosa. El tren penetra en una espaciosa estacion: por un lado están las oficinas de la compañía, y por otro el hotel Henry. El intervalo entre los dos edificios está cubierto con una magnífica techumbre. El viajero que solo se detiene á comer, halla á su disposicion el comedor del ferro-carril, que con su techo de vigas esculpidas y su hermosa ventana al Este, ofrece el aspecto de un antiguo castillo inglés, en tanto que por sus gran-

des dimensiones puede considerarse como el comedor mas famoso de todas las estaciones de los ferro-carriles americanos. La media hora que se concede para comer, se alarga en lugar de acortarse por el servicio de la compañía, pues como el Atlantic-and-Great-Western arregla la marcha de sus trenes, puede esperar si quiere: la lista de la comida, abundante y de calidad superior, permite que se prolongue todo lo posible.

Para los que desean detenerse, el hotel Mac-Henry, ofrece todas las comodidades de los hoteles de primer orden. El director es un tipo de fondista. El hombre sufre siempre la influencia de su estómago, y el triunfo que han obtenido los administradores del Atlantic-and-Great-Western, al reconocer la exactitud de este hecho, debería hacer reflexionar á los administradores de todas las demás líneas de ferro-carriles en América... y en Europa.

Antes de que se abriera el ferro-carril, Meadville era ya una poblacion pensilvaniana de antiguo estilo, pantanosa y dormida, que mas bien parecia una aldea del viejo mundo lejos de las vias férreas, que una ciudad del progresivo Nuevo Mundo, situada entre la positiva y calculadora region del Este y ese Oeste que va siempre adelante. Los antiguos mercaderes, descendientes de los holandeses, metidos en sus tiendas bajas y oscuras, habian reunido lentas y honradas fortunas y se habian retirado á buen vivir, á unas casas de madera, en verdad, demasiado sencillas. Al caer la tarde, los buenos habitantes se asomaban al umbral de las puertas, ó se dirigian por las fangosas calles con un farolillo en la mano, pues aunque habia allí una fábrica de gas, á nadie se le habia ocurrido pedir el alumbrado público.

El ruido de la locomotora y el extraordinario movimiento ocasionado por el petróleo, han comenzado á sacar á todo ese pueblo de su letargo y los síntomas de una vida nueva aparecen por todas partes. Meadville está como situada al borde de ese océano de negocios, cuyos vientos que soplan de la region del aceite, mueven las olas que se estrellan á sus piés. Sus lejanos mugidos producen allí extrañas excitaciones.

Así que fué de noche los salones del hotel se llenaron de hombres, cuya exclusiva conversacion era el aceite. Los trenes que llegaban del Este y del Oeste dejaron en Meadville muchos viajeros que pasaron allí la noche y que en la mañana del otro día salieron en busca del aceite. Los despachos telegráficos de los viajeros que venian, pedian camas para aquella noche.

X. E.

(Se concluirá.)

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 980.)

Aquella música melodiosa, encantadora, continúa haciéndose oír. El hombre herido por su secreto dolor, y el joven con su risa franca y alegre se alejan juntos, hollando los campos esmaltados; penetran bajo las ramas de aquel bosque druídico, de las cuales vuela la paloma al sentir que se aproximan. Se internan mas y mas, y siempre juntos, bajo la sombra de los verdes árboles, desaparecen al fin, y el espeso follaje parece cerrarse sobre ellos como las olas del mar. Pero la flauta continúa resonando, y sus modulaciones, mas dulces cada vez, á medida que ellos se alejan, llegan todavía á sus oídos. ¡Escuchad! ¿No la oís tambien?

XIV.

Salieron del pequeño parque, y se encontraron sobre un camino de travesía: delante de ellos se extendian vastos terrenos comunales formando ondulaciones y cubiertos en parte de retamas doradas, á su derecha los sombríos bosques de hayas inundados por los rayos de un sol de julio. Lionel hablaba de la *Reina de las hadas*, de la caballería andante, de aquella dulce é impasible vida fantástica, que al abrigo de los tiros del tiempo se desliza en medio de florestas y palacios, de bosques mágicos y de grutas encantadas, en el mundo de los poetas. M. Darrell escuchaba, y los lejanos sonidos de la flauta, cada vez mas débiles, llegaban todavía en alas del viento, como la voz de aquel mundo imaginario.

Salieron, pues, del parque, extendiéndose ante ellos aquellos vastos matorrales, y Lionel dijo alegremente:

— Aquí donde ahora estamos, el joven caballero hubiera detenido su caballo, paseando su incierta mirada ya sobre esta llanura inculca que parece ilimitada, ya por esos bosques humbríos bajo los cuales apenas circula el aire; aquí se preguntaría qué camino debería tomar para ir á sus aventuras.

— Sí, dijo M. Darrell, saliendo de la larga reserva en la cual se habia encerrado hasta entonces sobre todo lo que concernia á su vida pasada; sí, y el oro de esas retamas me tentó y escogí este terreno inculca.

Se detuvo un momento y prosiguió:

— Despues, cuando conocí las ciudades y los hombres, quise hacer lo que la civilizacion hace de la novela, quise cercar estos terrenos inculcos para agrandar el mio. Mirad, prosiguió descubriendo con la mano un vasto círculo; hace cerca de catorce años, todo lo que veis hasta el límite del horizonte, debía aumentar el pequeño cercado que acabamos de abandonar, y formar un parque al rededor de la casa que entonces construia. ¡Vanidad de los deseos humanos! ¿Qué diferencia existe entre el propietario frustrado y el conquistador detenido en su carrera? El uno es un poco menos loco que el otro. La *adquisividad* debe ser, de seguro, el órgano cerebral que distingue al hombre de los demás animales.

— ¿Era pues el órgano de la adquisividad el que hacia decir á Temístocles que podia hacer grande un Estado pequeño?

— Vuestro ejemplo es ingenioso y bastante oportuno, respondió Darrell inclinando su altiva cabeza. Pero creo que el órgano de la codicia tenia mucha parte en esa frase de Temístocles. Crearse un nombre habia sido su primer sueño si se puede aceptar la anécdota que le hace decir que los trofeos de Milciades le impedian dormir. Crearse un nombre ó hacer una fortuna no son mas que aplicaciones diversas de una misma pasión humana. El deseo de poseer alguna cosa que no tenemos, es el primero de nuestros recuerdos de la infancia: sea cualquiera la forma del deseo, sea cualquiera su objeto, siempre es el deseo de adquirir que no nos abandona hasta la muerte.

— Yo os preguntaria, si me atreviese, qué podeis desear poseer al presente.

— ¿Yo? nada. Pero hablo de los vivos: yo he muerto. Pero añadió con su risa metálica, os diré como ha dicho antes que yo el pobre Chesterfield: « Este es un secreto, guardadlo. »

Lionel no replicó: la melancolía de aquellas palabras le llenó de tristeza; pero la actitud de su interlocutor rechazaba toda expresion de simpatía ó de interés. El joven empezó á formar mil conjeturas sobre las causas que habian podido destruir la vida intelectual de aquel hombre.

Así continuaron silenciosos su paseo, hasta que despues de largo tiempo cesaron de llegar á sus oídos los sonidos de la flauta. ¿Seguiria tocando el artista?

Por último, despues de un gran rodeo llegaron al otro extremo del lugar de Fawley, y allí M. Darrell se animó de nuevo.

— Tal vez, dijo, volviendo al objeto de su conversacion bruscamente interrumpida, tal vez el ánsia de poder es el primer móvil de ese culto inquieto que se rinde á la fortuna, y sin embargo, ¿qué poder existe menos complicado que el que ejerce el señor de un lugar? ¿Tiene que esforzarse tan poco para hacer felices en este mundo á los labriegos que le rodean y prepararlos para la otra vida! Abandonando el mundo me retiro de la lucha, vuelvo de mi peregrinacion, como los cruzados nuestros antecesores, para reinar en mi casa.

Diciendo estas palabras entró en una de las cabañas. Un viejo paralítico estaba sentado cerca de la chimenea, donde ardia el fuego, aunque por afuera abrasaba la atmósfera el sol de julio. Su mujer, tambien anciana y casi tan achacosa como él, le leia un capítulo del Antiguo Testamento, el capítulo L. del Génesis, que contiene la genealogía, la edad y la muerte de los patriarcas anteriores al diluvio. Los semblantes de los dos ancianos expresaron la mas viva alegría al ver entrar á M. Darrell.

— Master Guy, dijo el paralítico esforzándose por levantarse.

El legista y orador fatigado del mundo era siempre para él el joven master Guy.

— Sentaos, Mateo, os leeré un capítulo.

M. Darrell cogió el libro santo y leyó el sermón sobre la Montaña. Jamás habia oido Lionel nada comparable á aquella lectura: el sentimiento, que ponía en relieve la profundidad del sentido; el acento, mas dulce que los de la flauta, que parecia revestir de formas musicales la palabra divina. Cuando dejó de leer M. Darrell se hubiera dicho que el día habia perdido alguna de sus bellezas.

Darrell se detuvo allí algunos minutos hablando familiarmente y con bondad, despues pasó á otra choza, donde estaba en cama una mujer enferma. Escuchó la relacion de sus sufrimientos, prometió enviarla alguna cosa, reanimó su valor, y dejándola dichosa se volvió hácia Lionel con una sonrisa de triunfo que parecia preguntar: ¿qué os parece este poder?

Pero por una singularidad del carácter de aquel hombre se notaban en él variaciones rápidas é inexplicables en la apariencia. Se hubiera dicho que un violento golpe habia roto el gran resorte de su organizacion y habia destruido su armonía primitiva dejando solo fragmentos dignos de estudio por sí solos; pero cuya union producía el efecto discordante de un arpa abandonada al soplo de los vientos. Despues de aquel esfuerzo evidente para prestarse á sí mismo fuerza y consuelo en los consuelos y las palabras de ánimo que dirigía á los demás, inclinó su cabeza sobre el pecho, y continuó subiéndole el camino del lugar, sin prestar atencion ni á las puertas abiertas de los aldeanos que esperaban su visita, ni á los saludos de los humildes transeúntes.

— ¡Yo hubiera podido ser aquí dichoso! dijo de pronto. ¿No será ya posible que lo sea? Sí, tal vez, cuando sea muy viejo, cuando esté unido al mundo únicamente por un hilo próximo á romperse. Los viejos parecen dichosos; detrás de ellos todos los recuerdos se debili-

tan, excepto los de la infancia y los de la fogosa juventud; ante ellos, el vado estrecho de la última jornada, y el sol que se levanta por otro lado, entre nubes. El descendimiento hácia la vejez es, de seguro, el momento crítico en que el hombre sufre mas tormentos: sus disgustos pasados viven aun en su memoria, sintiendo todavía el vigor en sus miembros, la pasión en su corazón, no puede resignarse á la perspectiva que se acerca cada vez mas. Pero ¡bah! la vida es como uno de esos juguetes que tanto dan que hacer á los niños. Adaptan sus piezas mas incoherentes las unas á las otras. La simetría del plan queda revelada. Despues, en el momento en que el niño exclama palmoteando: « ¡Mirad, mirad, ya lo he armado! » todas las piezas caen en la caja, ¡caja negra guarnecida de clavos dorados! Mirad, Lionel, allí está la iglesia de nuestro lugar, y aquí á nuestro lado, á mi derecha, el cementerio.

Mientras M. Darrell y su compañero volvian sus miradas á la derecha del camino del lugar, hácia la pequeña iglesia de piedra gris y hácia el recinto del cementerio, donde en algunos sitios entre sepulturas mas modestas, se elevaba la piedra sepulcral consagrada á la memoria de alguno de los Darrells de los tiempos pasados que habia preferido que sus restos fueran depositados en el seno de la tierra mejor que en el panteón de la familia; mientras ambos habiendo llegado lentamente á aquel lugar de reposo, se apoyaban silenciosos y pensativos sobre la rústica empalizada que protegía aquella mansion contra los animales que pacian en libertad sobre el prado vecino, un viajero extraño á la localidad, se detenía sobre el umbral de una pequeña posada situada á unos sesenta pasos á la izquierda del camino, y examinaba atentamente los rostros inmóviles de los dos parientes.

Despues volviéndose á la posadera, que estaba en pié, un poco mas adentro de la puerta, con un vaso de grog en la mano (era el tercero que pedía el forastero, y haría media hora que habia llegado á la posada) dijo:

— El mas alto de esos dos señores es vuestro squire, si no me engaño. ¿Pero quién es el mas bajo y mas joven?

La posadera asomó la cabeza.

— ¡Ah! ese es un pariente del squire que ha ido á su casa á visitarle. He oido decir al cochero que el squire le ha cobrado grande amistad; y aquí se cree que ese joven caballero será su heredero.

— ¡Ah, ah! ¿De veras? ¿Su heredero? ¿Cómo se llama? ¿Y cómo puede ser pariente de M. Darrell?

— No lo sé precisamente, señor, pero es uno de los Houghtons, y los Houghtons son parientes de la familia de Fawley desde tiempo inmemorial.

— ¡Un Houghton! ¡Ah! Gracias, señora. Dadme la vuelta.

El extranjero apuró el vaso de grog, y tendió la mano para recibir el cambio.

— Perdonad, señor, pero esta debe ser una moneda extranjera, dijo la posadera, dando vueltas á una pieza de cinco francos con desconfianza y curiosidad.

— ¡Una moneda extranjera! ¿Es posible?

El forastero registró otra vez su bolsillo, y encontró dentro una media corona con alguna dificultad en la apariencia.

— Faltan aun seis peniques: habeis bebido tres vasos de grog, pan, queso y cerveza.

— ¡Soy un estúpido! he tomado esta pieza francesa por una pieza de cinco chelines. Temo no llevar encima mas moneda de plata que esta media corona; y como no me conoceis no me atrevo á pedirlos que me fieis.

— Eso no importa, ya que conoceis al squire. Tal vez volvais á pasar por aquí.

— Y cuando vuelva á pasar no olvidaré mi deuda, os lo aseguro, dijo el forastero.

Y haciendo un ligero saludo se alejó en la misma direccion que habian ya seguido M. Darrell y Lionel, por un sendero que pasando por el cementerio y el presbiterio vecino conducía por un campo de trigo á la posesion de Fawley.

Aquella senda era estrecha y por ella no podian caminar de frente dos personas. Lionel iba delante algunos pasos, M. Darrell caminaba lentamente. El forastero les seguía á cierta distancia: una ó dos veces, apretó el paso, como si hubiera querido alcanzar á M. Darrell; despues, como si le faltara resolución, aflojó de nuevo su marcha.

En su modo de andar se notaba cierta cosa de furtivo y de siniestro. No se le veía bien el rostro, por que llevaba un sombrero de anchas alas, de fábrica extranjera, profundamente hundido sobre su frente, y una barba negra y espesa ocultaba su parte inferior. Sin embargo, lo que todavía podia distinguirse de su perfil tenia cierto carácter de distincion, pero su tez, de color subido naturalmente, parecia haber ya adquirido ese tono encendido que demuestra los primeros hábitos de la intemperancia, antes de pasar á las pálidas tintas que se adquieren despues.

Su traje anunciaba ciertas pretensiones: pero sus principales prendas eran poco uniformes, de corte antiguo y en mal estado: llevaba un pantalon gris-perla con tiras de seda á los lados, y borceguies de la misma clase, de los que habian estado en moda en Paris hacia tres años; pero el pantalon estaba muy usado, y los borceguies agujereados; un frac negro, de vueltas de raso, que habia sido en otro tiempo frac de sociedad, de un corte anterior uno ó dos años al del pantalon; el paño estaba raído, el raso lleno de manchas. Por encima de todo una especie de capa de viaje, ó mas bien una gran talma de seda impermeable, adoptada en otro tiempo por los *lions* de la Chaussée-d'Antin, cuando se aven-

traban á hacer excursiones hasta las montañas de la Suiza ó á los baños de Alemania, pero que por efecto de su forma y tela delicada, exigía la elegancia mas minuciosa en el adorno del que la llevaba. Aquella talma deteriorada por las injurias del tiempo, sobre los hombros del viajero no era mas que un lujo de mal gusto, lúgubre como el giron del pabellon sobre un buque naufrago.

A pesar de su traje extraño, raído, anticuado, examinándole mejor, no podia menos de observarse que aquel hombre era bien hecho, de alta estatura, buen continente y un pecho de atleta. Era, en una palabra, una de esas raras conformaciones físicas, que los ojos de una mujer hubieran admirado por su gracia, un sargento de reclutas por su vigor.

Sin embargo, el talante y el aspecto general de aquel hombre, aun prescindiendo de su traje, que le daba la apariencia de un disipador arruinado, destruían la impresion favorable que producen siempre las ventajas naturales. Seria difícil decir cómo ó por qué; pero cuando un hombre es rechazado por todo el mundo, tiene cierto porte extraño, y aquel individuo tenia ese aire, ese porte.

— ¡Ah, ah! murmuró el forastero, ¿es su heredero ese mozo? ¿Será cierto? ¿Cómo me arreglaría yo para hablarle? En su casa no me querrá recibir; es preciso que nuestra entrevista tenga lugar, como ahora al aire libre. ¿Pero cómo cogerle solo? ¿Ocullándome en esa posada, en su mismo lugar, tal vez por veinte y cuatro horas, para acechar una ocasion? Imposible. Por otra parte, mi bolsa está vacía. ¡Valor, valor!

Apretó el paso y se echó atrás el sombrero.

— ¡Valor! ¿Por qué no ahora? Ahora ó nunca.

Mientras que aquel hombre hablaba de este modo, Lionel habia llegado á la barrera de la posesion de Fawley, precisamente detrás del lago. Saltó con ligereza por encima de aquel obstáculo, y volviéndose hacia M. Darrell exclamó:

— Ved á la gama que os sale al encuentro.

En el momento en que M. Darrell, prestando poca atencion á estas palabras, se aproximaba á la barrera, fija en el suelo su pensativa mirada, una mano obsequiosa abrió la barrera delante de él, una cabeza se inclinó respetuosamente, y una voz artificialmente dulce, dejó escapar algunas palabras que apenas se podian percibir, de las cuales eran las mas inteligibles las siguientes:

— Perdonad... tengo que haceros una revelacion... importante... Tened la bondad de oirme.

M. Darrell se estremeció á la vista del forastero que casi estaba con él en contacto, y retrocedió como si una bestia salvaje le hubiera salido de pronto al encuentro. Su cabeza se irguió, orgullosa y amenazante; pero estaba pálido y sus labios temblaban.

— ¡Vos aquí! exclamó. ¡Vos en Inglaterra, en Fawley! ¡Y os atreveis á detenerme, vos!

Lionel, ocupado en acariciar á la gama que se le habia aproximado con timidez, oyó la voz de M. Darrell. Se volvió bruscamente y contempló las severas é imperiosas facciones de su pariente, en las cuales se podia reconocer fácilmente una expresion de penosa sorpresa. Solo veía de espaldas al extranjero, que seguía con la barrera levantada, y aunque no oía su voz, por sus movimientos era evidente que respondía. Lionel se detuvo un momento irresoluto; pero vió que á medida que aquel hombre hablaba, el rostro de M. Darrell palidecia mas y mas, y obedeciendo al impulso de una vaga alarma, se lanzó hacia ellos. Solo estaba ya á dos pasos de distancia, cuando M. Darrell se detuvo.

— Id á casa, Lionel: esta persona desea hablarme en particular.

Después bajando la voz, dijo al extranjero:

— Cerrad esa barrera; ese es el dominio de mis padres; si teneis algo que decirme, por aquí.

Y atravesando el sembrado, M. Darrell se dirigió hacia una especie de territorio inculto, contiguo á aquel sembrado. El desconocido le siguió y ambos desaparecieron á los ojos de Lionel. La gama, que se habia aproximado á la barrera para recibir á su amo, puso el hocico sobre uno de los barrotes de madera, con semblante de tristeza y desaliento.

— Ven, dijo Lionel, ven.

El animal no se movió.

El jóven se marchó solo, sin preocuparse mucho por lo que acababa de pasar.

— Sin duda, decia entre sí, será ese sugeto de estos alrededores y tendrá que hablarle sobre algun negocio.

Dió la vuelta al lago, y se sentó sobre un banco cerca de la casa. ¿En qué pensaria? ¿Quién sabe? ¡Tal vez en el mundo... en el vasto mundo!... ¡Tal vez en Sofia!...

Trascurrieron algunas horas; el sol descendía á su ocaso cuando M. Darrell pasó precipitadamente por su lado, sin decirle una palabra y entró en la casa.

No se presentó á la mesa, ni despues en toda la noche. Mills fué el encargado de presentar sus excusas: estaba un poco indispuesto.

Fairthorn estuvo solo con Lionel, y como habia vuelto á entregarse de nuevo, hacia algunos dias á expansiones llenas de cordialidad ante su jóven comensal, aquella noche se mostró mas comunicativo. Habló mucho de M. Darrell, con todo el cariño que á pesar de sus terrores experimentaba el pobre flautista por aquel señor poco amable algunas veces. Refirió numerosos rasgos de su bondad hacia todo lo que se encontraba en su esfera de accion. Tambien refirió los mas terribles rasgos de rigor de aquel hombre tan bueno, cuando alguna prevencion fuertemente arraigada, alguna pasion domi-

nante le convertian bruscamente en el hombre de granito.

— Querido señor mio, dijo Fairthorn resumiendo, si fuérais su mas cruel enemigo y cayérais en un precipicio, la primera mano que se ofreciera para socorrosos seria la de Guy Darrell. Pero siendo su amigo íntimo, si os hiciérais culpable del menor acto de deslealtad hacia él, deberiais procurar, obrando con prudencia, no volver á ver su semblante. Es el hombre que mas perdona, y el que perdona menos. Pero...

La puerta del gabinete se abrió sin ruido, y se dejó oír la voz de M. Darrell.

— Fairthorn, tengo que hablaros.

XV.

Al dia siguiente, ni M. Darrell ni Fairthorn aparecieron á la mesa á la hora del desayuno; pero así que Lionel acabó de almorzar, M. Mills le anunció con su política ordinaria que M. Darrell deseaba hablarle en su gabinete, en aquel gabinete cuyo umbral nunca habia traspasado el jóven. Entró allí con un sentimiento de curiosidad mezclado de respeto. Aquel gabinete solo ofrecía de notable el retrato del padre de M. Darrell, colgado encima de la chimenea. Sobre las mesas, sobre las sillas y sobre el suelo, habia varios libros esparcidos en ese desorden agradable para los hombres estudiosos. Un globo de cristal colocado cerca de la ventana encerraba peces dorados: en la misma ventana habia un jaula con un hermoso pájaro. M. Darrell podia vivir sin un compañero de la especie humana; pero no podia vivir sin tener algun sér á quien proteger y amar, aunque no fuese mas que un pájaro, aunque no fuese mas que un pez.

Parecia verdaderamente enfermo. Sus penetrantes ojos apenas brillaban y las arrugas de su rostro parecían mas profundas; pero su voz, siempre serena, exenta de pasion, no habia perdido nada de su melodioso acento.

— Sí, dijo, respondiéndole á Lionel que se informaba con interés de su salud, estoy enfermo. Los hombres ociosos como yo ceden al mal. Eso no me sucedia nunca cuando trabajaba; el mal se veía entonces obligado á ceder ante mí. Hé aquí mis intenciones generales, en las cuales no he introducido ningun cambio, pero cuya ejecucion se encuentra mas adelantada de lo que yo creía. Antes de que viniérais, os encargué que no tardárais, añadiendo que correriais el riesgo de no encontrarme. Me proponia viajar este verano por el continente. Voy á partir inmediatamente: tengo necesidad de un cambio de aires y lugares. Vos regresareis hoy á Londres.

— ¡Hoy! ¿Estais incomodado conmigo?

— ¡Incomodado! niño y primo, ¡no! replicó M. Darrell con un tono singularmente afectuoso; incomodado, ¡qué tontería! Pero puesto que es preciso que nos separemos, será bueno abreviar el dolor de nuestra despedida. Por otra parte, debeis experimentar el deseo de volver á ver á vuestra madre, y darla gracias por haberos educado de modo que podais pasar de la pobreza á una vida mas desahogada, con la cabeza erguida. Entregareis esta carta á Mrs. Houghton. En cuanto á vos, vuestros gustos parecen inclinarnos á la carrera de las armas; pero antes de decidirnos á abrazar esa carrera, quisiera que viérais un poco mas el mundo. Id á ver mañana al coronel Morley, vive Curzon-street; hé aquí sus señas. Hoy recibirá una carta mia donde le suplico os ayude con sus consejos. Seguidlos, en lo concerniente al trato de gentes; es un hombre de mundo, uno de mis parientes lejanos, que por consideracion á mí, se mostrará benévolo con vos. ¿Tengo algo que añadir? Sí. Es una cuestion muy delicada; pero sin embargo, es preciso entrar en ella. Caredad desde este momento con una renta independiente, á la cual yo proveeré. No os dejes nunca arrastrar á locas prodigalidades por algunos sicofantas que podrian deciros que tendreis mas algun dia; y sobre todo no os entreguéis de ningun modo á la expectativa, por mas plausible que pueda aparecer, de que seréis mi heredero.

— ¡Señor Darrell! ¡Ah! señor...

— Basta... Esa expectativa, repito, tal vez no seria irrazonable, pero yo soy un sér extraño. Podria volver á casarme, tener herederos de mi sangre... ¡Sí, señor! ¿Por qué no?

M. Darrell pronunció estas últimas palabras con un tono casi amenazador, y fijó su mirada sobre Lionel, repitiendo de nuevo:

— ¿Por qué no?

Pero viendo que las facciones del jóven no manifestaban ninguna sorpresa, la expresion de las suyas se dulcificó y prosiguió con calma:

— Basta; lo que acabo de deciros un poco brutalmente, lo he dicho con buena intencion. Comete una traicion contra un jóven el que le deja contar con una fortuna que en último resultado no ha de ser para él. Ahora, Lionel, partid: gozad de la primavera de la vida; partid con el corazon ligero y la esperanza ante vos. Si la desgracia os acomete, luchad; si se apodera de vos el error, no temais venir á pedirme consejos. ¿Pero qué es eso, niño?... ¿Qué veo? ¡Lágrimas! ¡Bah, bah!

— Es que vuestra bondad me abruma... respondió Lionel profundamente conmovido; es mas fuerte que yo. ¿Pero no podré yo hacer en cambio nada por vos?

— Al contrario, mucho. Conservad vuestro nombre sin tacha, y vuestro corazon abierto á tan nobles emociones, como la que provoca esas lágrimas. A propósito, hoy he recibido una carta de mi agente de negocios en que me habla de vuestra pobrecita protegida. Aun no ha

descubierto su paradero, pero parece que no duda de un próximo resultado. Cuidaré de preveniros lo que ocurra.

— ¿Con que me escribireis, señor? Y podré yo tambien escribiros?

— Tan á menudo como querais. Dirigidme siempre aquí las cartas.

— ¿Estareis mucho tiempo ausente?

M. Darrell frunció las cejas.

— Lo ignoro, dijo lacónicamente. Adios.

Y hablando así abrió la puerta.

Lionel le miró á través de sus párpados húmedos todavía, con expresion de simpatía... de cariño filial.

— ¡Que Dios os bendiga! murmuró simplemente.

Y salió.

— ¡Yo soy el que hubiera debido dar esa bendicion! dijo Darrell entre sí, al volver, y encontrándose delante de su hogar solitario. ¿Pero dónde están aquellos á quienes he dado en otro tiempo mi bendicion? ¿Dónde están? ¡Y ese hombre que pretende resucitar la fábula audaz del otro bribon! y yo verdaderamente creo que es el menos culpable de los dos, pretende hace dos años imponerse á mi credulidad. Sin embargo, veamos, pesemos bien sus palabras. ¿Si lo que ha dicho fuese verdad?... ¿Si fuese verdad? ¡Oh, vergüenza! ¡Oh, vergüenza!

Apretando contra su pecho sus brazos cruzados, M. Darrell se paseaba por su gabinete con paso lento y mesurado, sumergido en profundas reflexiones. Procuraba sofocar el sentimiento, para no ejercer mas que el juicio; y los razonamientos á que se entregó parecieron llevar por fin la conviccion á su espíritu, porque sus facciones se serenaron de pronto, y por su rostro pasó una expresion de triunfo.

— Es una impostura, dijo, una impostura grosera y palpable. Eso no puede ser y no será, yo no lo aceptaria nunca como una verdad. ¡Oh padre mio! Y miró de frente el retrato colocado encima de la chimenea. ¡Oh padre mio, no temas, jamás, jamás!

LIBRO TERCERO.

I.

Triste y sombría era la mañana en que el abuelo y la nieta dejaron la casa hospitalaria de M. Merle: tristes y sombríos eran tambien los pensamientos de Sofia.

La niña caminaba lentamente detrás del inválido, que se apoyaba pesadamente en su baston, sin dirigir una risueña mirada á los botones de oro, que aun brillaban húmedos con el rocío á lo largo del árido camino.

Así continuaron separados y silenciosos hasta que pasaron el segundo mojón miliario. Allí procurando desechiar lejos de sí sus pensamientos, mas tristes quizás que los de la niña, Waife se detuvo bruscamente, pasó una ó dos veces la mano por su frente, y volviéndose hacia Sofia que se acercaba á él, la contempló con semblante bondadoso.

— Tú estás triste, hija mia, le dijo.

— Mucho, abuelo.

— ¿Y estás incomodada conmigo? Sí, incomodada porque te he alejado de pronto de aquel amable jóven tan bondadoso para contigo, sin dejarte ni aun la perspectiva de volverle á ver.

— No he comprendido vuestra conducta, abuelo, respondió Sofia.

Y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

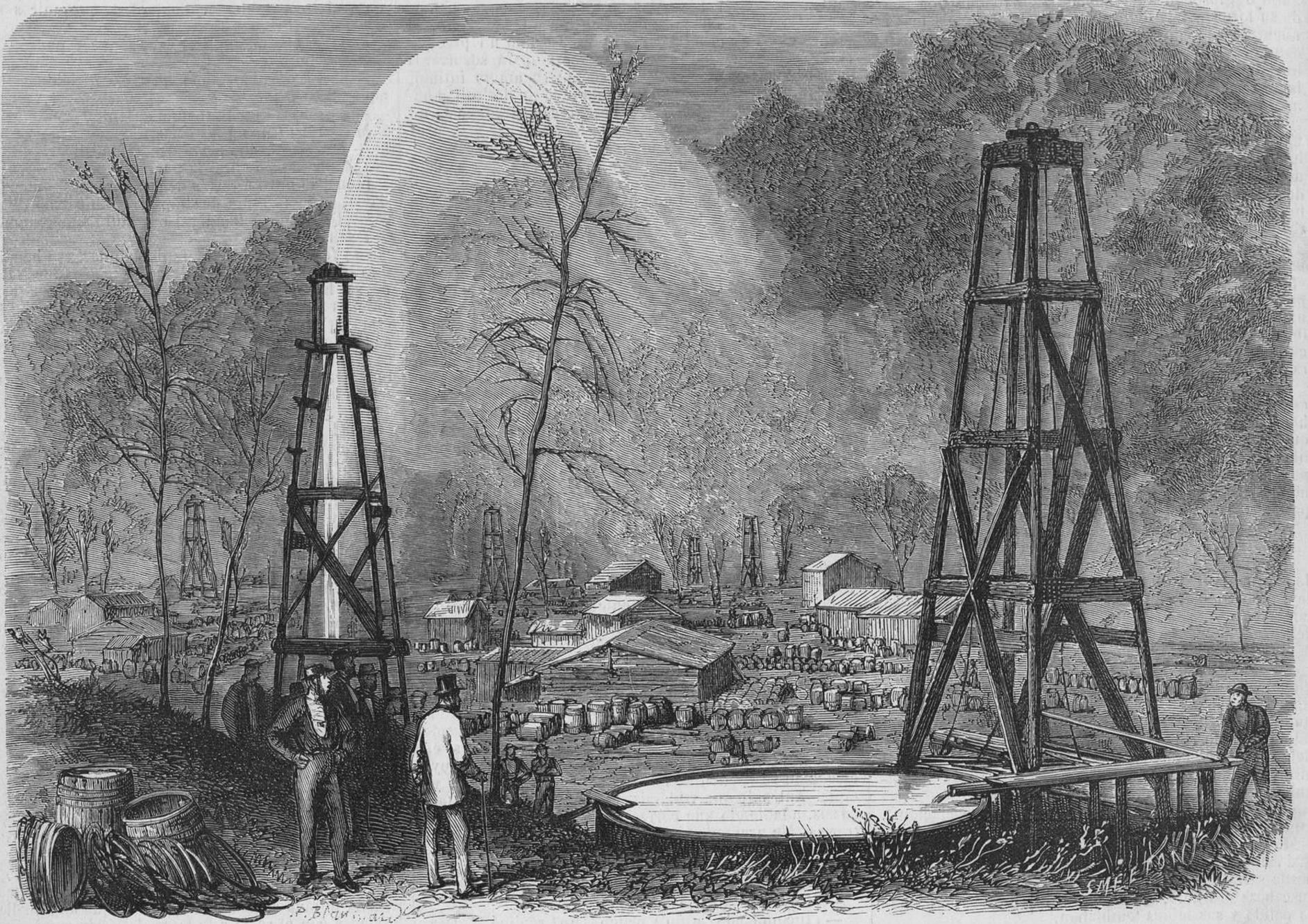
— Eso es, cuando hago una cosa razonable segun todas las apariencias, no se me comprende. Pero ¿no piensas que he hecho lo que creo mas conveniente para tí? ¿No crees que tendré alguna razon poderosa para hacer con deliberado propósito una cosa que ha de causarte pena?

Sofia asió su mano y la estrechó entre las suyas; pero no se atrevió á pronunciar una palabra, porque sentía que el esfuerzo seria superior á sus fuerzas, y sus lágrimas estallarían á pesar suyo.

Waife pronunció entonces una multitud de esas sábias sentencias, viejas como el tiempo, y tan superiores á nuestras penas como las cimas de las montañas respecto de los valles. Dijo que era absurdo atormentarse con pensamientos quiméricos y esperanzas imposibles. El jóven gentleman no podria nunca ser nada para ella, ni ella para él. Aunque el jóven gentleman hubiera prometido entrar en correspondencia con ella, al volver al seno de su familia tendria otras cosas en qué pensar, y la olvidaria en breve, mientras ella, por el contrario, pensaria en él, en el Támesis, y en las mariposas... y consideraria su penosa existencia aun mas insostenible. Gentleman Waife dijo otras muchas buenas cosas, y segun el uso ordinario de los que quieren consolar, que parten del principio de que el sentimiento es un asunto de lógica, las dijo con un vigor de argumentacion que no admitia réplica, pero que no ofrecía la menor sombra de consuelo. Esto supuesto, aquel gran actor (no es esto decir que en aquel momento representase una comedia) se detuvo de pronto, estrechó á la niña entre sus brazos y murmuró:

— Pero si te veo tan triste, no tendré ya fuerza para arrastrarme por el mundo, y cuanto antes muera, cuanto antes echen algunas palas de tierra sobre mí, tanto mejor para tí; porque parece que el cielo te envia amigos, y que yo te separo de ellos.

Sofia prorumpió en sollozos, enlazó convulsivamente sus bracitos al rededor del cuello del anciano, cubrió de



El pais del petróleo. — Pozo de petróleo.

besos tiernos y suplicantes su rudo semblante, y dijo vertiendo lágrimas :

— ¡ No habéis así! He sido mala é ingrata hácia vos. Yo no amo á nadie mas que á mi querido abuelo

Despues de esta corta escena, ambos se calmaron y sintieron un alivio en su corazon.

Continuaron pues su camino, no ya separados, sino juntos, apoyándose el viejo, aunque muy ligeramente, en el brazo de la niña. Pero no se verificó una reaccion inmediata de la tristeza á la alegría. Waife empezó á hablar con dulzura y vaguedad de sus propias aflicciones; y aunque solo lo hacia en términos generales, ¡cuán vivas parecian las penas del viejo al lado de las de la niña! Y sin embargo, sus reflexiones mas bien parecian tener por objeto compartir las de esta, que lamentarse de su propia situacion.

— ¡ Ah, niña mia, decia: á tu edad, no conocia yo tus penas ni tus privaciones. No tenia que caminar penosamente por estos caminos llenos de polvo, con un viejo estropeado que no sirve para nada. Mis piés hollaban blandos tapices y dormia bajo colgaduras de seda. Me paseaba en hermosos carruajes. Todo ha desaparecido, todo se ha desvanecido como un sueño, y solo me resta hoy la certidumbre de poder darte un pedazo de pan ocho dias.

— ¡ Oh! sí, yo tendré pan, y vos tambien, abuelito, exclamó Sofia con alegría. Vos me habeis enseñado á implorar á Dios y me habeis dicho que Dios ha sido bondadoso para vos en todas vuestras penas. Tambien ha sido bueno para mí desde que le imploro; porque ahora estoy libre de aquella malvada Mrs. Crane que me pegaba y me decia cosas mucho mas duras que sus golpes para soportarlas, y habeis hecho que me reuna á vos. Yo he orado para conseguir esto, y en cuanto á los carruajes, añadió sofía con semblante de orgullo, poco me importa no ir en coche en mi vida: ya sabeis que yo he ido en un carro mucho mas grande que un coche, y no me gustaba aquello. ¿ Pero cómo me he portado mal con vos, abuelo?

— Nunca he dicho que te has portado mal conmigo, Sofia.

— ¿ Os han robado las alfombras, las colgaduras de seda y todas las buenas cosas que teniais cuando érais jóven?

— No sé precisamente si me las han robado, replicó

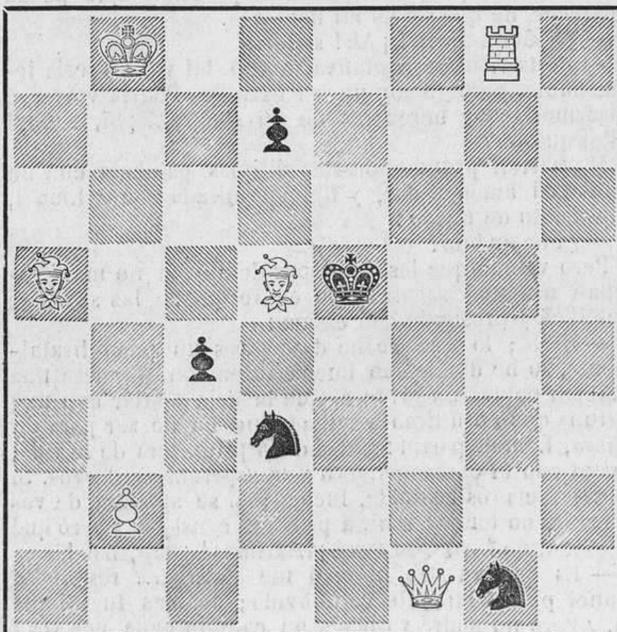
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 347.

- | | | |
|---|-------------|-----------------|
| 1 | T 5ª R | A toma T |
| 2 | T toma A | R 4ª Rª |
| 3 | A 5ª CRª | R toma C ó 5ª R |
| 4 | A 4ª A ó 6ª | jaque-mate. |

PROBLEMA NÚMERO 348, POR M. FAYSSE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Waife con algun empacho, pero han desaparecido. Sin embargo, aun me quedan muchas cosas, por las cuales deberia dar gracias á la Providencia. Yo era fuerte, lleno de ardor, y lejos de ofenderme, todos se mostraban conmigo bondadosos. No encontré una Mrs. Crane, ese monstruo con enaguas, como tú, pobre ángel mio. Aun me quedaba un hermoso porvenir, si hubiera marchado rectamente á mi objeto. Pero yo seguia mi capricho, que me llevaba por tortuosas veredas, y ahora que quisiera volver á seguir el camino real, ves en mí un hombre á quien el primer magistrado de policia podria enviar á la cárcel para enseñarle á permitirse vivir sin medios de subsistencia.

sofía.

¡ Sin medios de subsistencia! Pues ¿ y el negocio que pensais hacer con las tres libras esterlinas?

WAIFE, con admiracion.

¡ Niña sensata! Tienes razon. Sí, la Providencia es buena aun para conmigo. ¡ Ah! ¿ qué importan los bienes de fortuna? ¡ Cuán dichoso vivia con mi querida Lizzy!

sofía, con expresion de celos.

¡ Lizzy! ¿ Quién era Lizzy?

WAIFE, con los ojos húmedos, mirando al suelo.

Mi mujer. ¡ Solo la poseí dos años, años de felicidad! ¡ Y cuánto deberia alegrarme de que no haya vivido mas tiempo! ¡ Cuánta vergüenza, cuánta humillacion le ha evitado la muerte!

Siguió una larga pausa; despues, aglomerándose en la mente de Waife los recuerdos, repuso como si se sus-trajese violentamente de las garras de una harpía:

(Se continuará.)